

SS

SERVICIO SECRETO

PETER DEBRY

HORAS TRAGICAS

PETER DEBRY

Horas trágicas

1.ª EDICIÓN
MAYO 1952



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA COLECCION:

1. — La brigada de los suicidas. **4.** — Sirenas tropicales. **6.** — Los cuatro ases. **8.** — El castillo de los ahorcados. **10.** — Peces de platino. **12.** — Gangsters en Casablanca. **14.** — Valses tétricos. **16.** — Los buitres negros. **18.** — En busca de una cabeza. **20.** — La atómica en Hollywood. **24.** — La bella del Bósforo. **26.** — La isla Corazón. **28.** — Los diablos del Ártico. **32.** — El pulpo humano. **34.** — La pequeña tonquinesa. **36.** — Piratería moderna. **38.** — Un pistolero en el F. B. I. **40.** — Dama «Dinamita». **44.** — Doctor Borgia. **46.** — Asesinatos en el Estadio. **52.** — La muerte lenta. **54.** — Platillos volantes. **56.** — Aviones sin rumbo. **64.** — El vampiro de Brooklyn **66.** — Cadáveres ambulantes. **69.** — Gongo Kong. **71.** — Los tiburones del «Tritón». **73.** — Balas perdidas. **77.** — Tobillos de oro. **80.** — Los muertos no mienten. **83.** — Naipes siniestros. **89.** — Ruta salvaje. **91.** — La ley del machete. **93.** — Calavera de plata.

PRINTED IN SPAIN
Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO
UN AUTÓGRAFO

Alex Longford se despertó bruscamente, con lágrimas en los ojos. Maldijo la inoportuna corneta y su física aceptación militar de las órdenes que transmitía aquel discordante instrumento.

Sentado en el catre, procedió furiosamente a restregarse los ojos. ¡No faltaría más que se creyeran «ellos», que aquel llanto obedecía a temor!

Hasta ahora se conservaba incólume la leyenda de que el teniente Alex Langford, de los Reales Fusileros Británicos, era un hombre valiente hasta la temeridad.

Y trató de analizar el porqué de aquellas lágrimas intempestivas. Miró con ojos ausentes el interior de aquella celda, donde estaba incomunicado desde hacía más de dos meses.

Exactamente, sesenta y siete días, bajo la acusación de espionaje y alta traición. En una celda de la prisión militar de Aldershot, en la región que al sur de Londres, era llamada poéticamente Comarca de los Bosques.

¿Por qué había llorado, él, que en sus veintidós años de vida, no recordaba lágrimas más allá de sus doce, la vez que lloró tan estúpidamente, por considerar imposible de realizarse su amor por una mujer que le triplicaba, la edad?

Ya… Ya iba viendo. Y como siempre que Alex Langford se enfrentaba con su «otro yo» sentimental, que pugnaba por desasirse de la coraza de materialismo con que pretendía asfixiarlo el aparentemente despreocupado y cínico Alex Longford, monologó con sarcasmo:

—Otra idiotez, querido imbécil. Has soñado… que Rosalind Garden escuchaba absorta tu declaración de amor dulce, tierno, suave como plumón de ganso, y conmovida, convencida de que ningún hombre podría amarla tan honda y puramente, ella ofrecía su mejilla a tus labios románticos, y sientes aún en tu mano la tibia presión de su redondo talle.

Alex Longford se miró la mano. En efecto, pese al clarinazo que le había truncado el sueño, en su diestra alentaba aún cierta tibieza.

—Querido imbécil. Yo creo que estás loco. Serán todos estos días de permanecer a solas contigo mismo, los que te han desquiciado. Enamorarte así, en forma tan absurda de Rosalind Garden, la actriz famosa, la cual ni te conoce… Y en estas circunstancias.

Abarcó la estrecha celda. Un ordenanza, disciplinadamente hostil y silencioso, entró, llevando en bandeja el desayuno: té, leche, rodajas de limón, tostadas y mantequilla.

El teniente Longford, hasta entonces había disfrutado de la general simpatía de sus inferiores.

—Oye, soldado Smith, porque seguramente te llamarás Smith, si no es Brow o Adams…

—Soldado Burns, mi teniente.

—Bien, soldado Burns, vete a decirle al Comandante de la Prisión y fortaleza, que deseo hablarle —y sonriendo, añadió—: Naturalmente, le dirás que deseo hablarle, «subordinada y respetuosamente», aunque no sea verdad. No le indiques dónde estoy, porque ya lo sabe.

Desapareció el soldado Burns, y momentos después, hosco y con aire reprobador, de callada indignación, entró en la celda el Major Cumbers.

—¿Desea hablarme, teniente? ¿A propósito de alguna declaración?

—No. Ya he declarado bastante. Los jueces saben de mi vida tanto como yo. He escrito cuanto recuerdo, aún lo más secreto, desde que solté a mi nodriza, hasta que me detuvieron bajo una acusación absurda. Lo que hagan conmigo, me tiene ya completamente sin cuidado. Me pasó el primer arrebato de rabieta. Me he hartado de repetir que hay error… pero ya no lo repito más.

—¿Entonces? ¿Qué desea?

—Deseo saber si es contrario al Reglamento que un soldado vaya al cercano pueblo, y adquiera para mí todas las revistas y periódicos teatrales que pueda hallar.

—Prohibido por el Reglamento.

—Bien. ¿Prohíbe el Reglamento que me limite a adquirir cuantas

fotografías existan y haya en el mercado de una dama llamada Rosalind Garden?

—¿La actriz? ¿La conoce usted?

—No, señor. Pero me gustaría tener sus fotografías. Estoy harto de ver caras masculinas, más o menos digeribles.

—Le notifico, teniente Longford, que es infantil su suposición de que con peticiones absurdas, informe yo a la superioridad de que manifiesta usted síntomas de enajenación mental. El truco es burdo.

Alex Longford se irguió, para replicar con firmeza:

—Le exijo, ¿se entera, Major?, le exijo que no me ofenda. No tengo por qué simular demencia, ya nada tengo que encubrir. Precisamente, de todos los que intervienen en el llamado pomposamente «Caso Longford», yo soy el único que no ha perdido la cordura. Confío tanto en la estupidez humana de mis jueces, que no dudo que seré fusilado… ¡Oh, sí, muy correctamente! Y unos cuantos años después, me rehabilitarán con todos los honores. Claro que esto no me consolará, porque estaré ya comiendo hierba por la raíz. En fin, usted, Major, es inteligente y sabe que alguna madrugada, me colocarán de espaldas al pelotón de ejecución que disparará a mi carne… pero mi alma le pide ahora, señor, de hombre a hombre, que acepte usted mi pueril deseo.

El Major Cumbers, seca y militarmente, saludó, y sin decir una sola palabra, abandonó la celda.

Alex Longford regresó a su paseo y monologó:

—El viejo, en el fondo, no es mala persona. El pobre no tiene la culpa de llevar cuarenta años prisionero dentro de su guerrera. Me revienta haber tenido que hablarle tan sentimentalmente. ¡Maldita sea! Condenada idea ésa de haber ido al teatro donde actúa Rosalind, tres semanas seguidas… hasta que me detuvieron.

El soldado Burns, una hora después, entraba, llevando bajo el brazo un abultado paquete.

—De parte del Major Cumbers, mi teniente.

—Nunca he dudado que era un caballero. Dile que le doy las gracias, «respetuosas y subordinadamente»… pero esta vez es verdad.

Al quedarse solo, extendió ávidamente sobre el catre, las revistas y las fotos de Rosalind Garden. En efecto, era bonita… Aquella luz de picardía inteligente en las pupilas, aquellos labios de fácil sonrisa enigmática, las cejas arqueadas…

En un rincón de la celda, quedaron echados los restos de las revistas. Sobre la mesita quedó únicamente la selección que de Rosalind Garden acababa de hacer aquel joven oficial, cuya muerte

era cercana.

Y comenzó para Longford una extraña vida. No existía mundo exterior ni jueces ni pelotón de ejecución. Diariamente escribía cartas larguísimas, que luego rompía en trozos muy menudos.

Todas las encabezaba: «Mi amadísima Rosalind:»

Las cornetas seguían lanzando su teoría de toques imperativos:

«Acuéstate, silencio… Levántate, desayuno… Siéntate, rancho»…

Pero para Longford, ya no existía más que una sola verdad: su amor insensato, irrazonable, irresistible… y, por esto mismo, tan hondo y recio.

Pronto no le bastó el escribir cartas: Había agotado todas las demostraciones de que nadie en el mundo había nunca querido con tal delirio místico, a quien ignoraba su misma existencia.

Contó sus aventurillas amorosas, de basta sentimentalidad, sin espíritu, que duraban a lo sumo un mes. Mujeres, sí, había conocido a muchas, pese a su juventud pero ninguna había dejado en él, un simple hálito de ternura.

Y cometió lo qué juzgó imperdonable. Monologó:

—Esto ya rebasa el límite, Alex. Has degenerado atrozmente. Leíste que Rosalind ama la poesía, y ayer noche trataste de rimar «sol» con mar azul y pasión. «Ternura» con un pozo, sin fondo, de dulzura. Y lo peor es que tú, incapaz antes de escribir una sola línea poética, me vas resultando casi un vate, un cisne de Aldershot…

Rió, pero en su risa había una profunda tristeza, por vez primera en su vida. Porque iba a morir, y lo había adivinado en el modo con que el soldado Burns le traía las comidas, pisando casi sobre la punta de los pies, como quien entra en una capilla donde cantan el «De profundis».

Acumuló un montón de cuartillas, que fué rompiendo. Unas cuartillas que nadie nunca podría, volver a escribir.

A las diez de la noche entró en la celda un coronel. Era su juez.

—Me corresponde comunicarle, Alex Longford…

—Teniente Longford, por favor. No me han degradado todavía.

—Me corresponde comunicarle que se ha comprobado que usted entregó documentación secreta sobre balística a una potencia extranjera.

—Es falso. Hay un error, una fatal coincidencia. Pero no quiero discutir… ahora. Algún día se convencerán.

—Su acto es inconcebible y…

—Ahórreme críticas. No las admito por un hecho que no he cometido. Las admití mientras fueron encaminadas a reprocharme

mi algo agitada vida privada, pero no ahora. Le ruego me diga cuál es la solución de mi caso… pero sin comentarios.

El coronel juez, cuadrado y rígido, anunció:

—Mañana a las seis de la madrugada, rendirá Usted cuentas en el Más Allá.

—Y Allá pediré que no les tengan en cuenta este error criminal.

—Son las diez de la noche, Longford —y el coronel depuso su tiesura, aunque siguió fríamente reprobador—: ¿Desea usted algo especial?

Alex Longford miró al techo. Debía, seguir incólume la leyenda de valor del teniente Longford.

—Si me dejaran escoger el género de muerte, pediría morir de vejez, mas no insisto.

Trató de encender con manos firmes un cigarrillo, y casi lo logró.

—Tengo un deseo, para mí muy razonable, pero me temo que no accederán.

—Si de mí depende, intentaré concedérselo.

—Es que depende también de otra persona. Desearía hablar con la señorita Rosalind Garden, la actriz.

—En mi presencia, no hay inconveniente. ¿Es novia, amiga…?

—No la conozco, coronel. Ni ella a mí.

El coronel no manifestó la menor sorpresa.

***

Terminada la comedia, de éxito, en su camerino Rosalind Garden recibió extrañada, la petición de un coronel anciano.

—Pero, coronel… ¡si yo no conozco a ese señor teniente!

—Felizmente para usted, o de lo contrario habría usted recibido mi visita antes de ahora, con otras peticiones más molestas. El caso es algo anormal, lo admito. Por un momento, quiero olvidar que soy un militar, y le ruego acceda a esta petición extraña. Es un hombre, que haya hecho lo que haya hecho, mañana por la madrugada, morirá.

***

Cuando Alex Longford vió entrar a Rosalind Garden, perdió toda su habitual osadía. Cohibido, casi tanto como ella, señaló una silla, la única, a la actriz.

El Coronel, discretamente, fingió absorberse en la contemplación

de las mohosas rejas.

Una intensa luz irrealmente sobrehumana, brillaba en los ojos pardos del teniente Longford, que para, la ocasión que se avecinaba había revestido su uniforme de gala.

—Gracias, Rosalind, por haber consentido en venir. Quería verte… pero ya no puedo hablar… Te ruego no lo tomes a mal. No puedo hablarte, porque quisiera… ¡poder arrancarme el alma y exprimirla ante ti!… y no bastaría.

A su pesar, Rosalind Garden, muy inglesa y despreciando a los traidores que venden secretos en tiempo de guerra, notaba que algo la impresionaba en aquel joven oficialillo que le estaba hablando como un alucinado.

Pero ¡era tan difícil, aun para la más espontánea actriz, hallar las palabras adecuadas para conversar con un hombre que…! Inconscientemente, miró su reloj.

Las dos de la madrugada. Dentro de cuatro horas…

Alex Longford presentó una cuartilla en blanco, a la actriz, y señalando la parte inferior, solicitó:

—Es un capricho más… El último, Rosalind. Tu autógrafo.

Alarmada, aunque la presencia del coronel la aliviaba, Rosalind Garden firmó al pie de la cuartilla.

—Gracias, Rosalind. Algún día… lo más tarde posible para ti, nos volveremos a ver. Te ganarás el cielo… y a mí ya me han dado el infierno en la tierra. Entonces, allá arriba, podré decirte lo que ahora es imposible. Adiós, Rosalind. Permíteme.

La acompañó hasta la puerta de su celda, y sencillamente, sin dramatismo, con un gestó mundano, besó la enguantada diestra de la actriz.

***

Ya en su casa, Rosalind Garden contó a su hermano, que era también su agente representante, la extraña escena.

—Tenía que ser un loco, querido, por fuerza. ¡Si hubieses visto el brillo extraño de sus ojos! ¡Y todo por un autógrafo!

Alvin Garden, henchido de sentido práctico, comentó:

—¡Qué lástima que sea un oficial, y estemos en guerra! La censura nos impide el gran reclamo. ¡Figúrate! En primera plana: «Condenado a muerte, su último deseo es un autógrafo de Rosalind Garden», etcétera…

La actriz murmuró:

—Me impresionó un poco la escena, Alvin. Era un pobre loco,

pero iba a morir…

—Era un cochino traidor. Anda, a dormir, y toma una aspirina.

***

A las seis menos diez minutos, Alex Longford, después de cuarenta minutos que pidió permanecer a solas, vió entrar al Major Cumbers, que tosiendo sin necesidad, no halló otra cosa que decir, sino:

—No me guarda rencor, ¿cierto, Longford? Debo acompañarle hasta las seis en punto.

Alex Longford estaba leyendo la cuartilla que él mismo había escrito muy lentamente, en los últimos, cuarenta minutos de vida, y leyó en voz alta, mientras en el patio húmedo, los tambores redoblaban lúgubremente, y se oían los crujidos de cierres de fusil…

> «—Mi bien amado Alex: Nadie puede quererte como yo. Tu amor deshumanizado ha encontrado eco en mi alma sedienta. Hemos conseguido aprisionar esta frágil mariposa llamada Amor, y solos, aislados de los pobres y mezquinos seres humanos, nuestro amor es una realidad soñada. Un sueño del que nunca despertaremos.
>
> »Beso tu alma.»

Al final de la cuartilla, aparecía el autógrafo de Rosalind Garden.

—¿Una cerilla, Major Cumbers?

Este le tendió su mechero. Y Longford prendió fuego a la cuartilla… Copos de ceniza en negros giros, fueron cayendo.

—¿De espaldas, Major?

—¡Ejem…! Sí, lamento… Pero tendrá usted que colocarse de espaldas. No obstante, he conseguido, si lo desea, que usted mismo… de las voces correspondientes, que… manda el Reglamento.

—Gracias, Major.

«No debo demostrar que tengo miedo, pánico de morir ahora… Que siga la leyenda de un Alex Longford cínico y materialista»… pensó.

—También me han autorizado a que antes de dar usted las órdenes… se reconforte con un buen trago. He traído un *brandy* especial, de cosecha vieja. Bueno, Longford… Cuando usted quiera…

En el patio lóbrego, que tenía una poterna dando a un foso

exterior, el piquete de ejecución vió llegar a un oficial, intensamente pálido, pero de firme andar.

Tras él iba el Major Cumbers, y se unió a ellos el coronel juez. El piquete presentó armas, y el oficial que iba a su mando, espada desnuda, ordenó:

—¡Sus…pendan, ar…mas! De frente.

Fuera reinaba la niebla, que empezaba a sonrosarse. En el foso, había a un lado, una furgoneta y en el suelo, un ataúd.

Contra la base del sólido muro, un poste. El Major Cumbers miró cómo Alex Longford se detenía a medio paso del poste.

—Lo siento, muchacho. Debo atar sus manos al poste. Lo siento.

Atadas las muñecas, abrazado al poste, Longford pidió:

—Ese… trago, Major Cumbers… y Dios le bendiga. Usted es un buen hombre…

Cumbers aplicó en los labios de Longford el gollete de un frasco metálico. Titubeó unos instantes, y se marchó.

Cesaron de redoblar los tambores, y un agudo toque de corneta avisó a Longford. Arqueado el pecho, no quiso ser teatral. Había pensado echar un discurso, pero ahora tenía la certeza de que su voz temblaría, si tenía que ensartar seguidas varias palabras.

Era más fácil, gritar… Y gritó;

—¡Carguen, ar…mas!

Cerró los ojos, mientras oía el formulario abrir y cerrar del cargador.

—¡A…punten!

Vaciló dos segundos, y un suave sopor le invadió… Debía ser la muerte acariciándole la cara… Y gritó estentóreo:

—¡Fuego!

La descarga cerrada despertó el eco de los tambores, que anunciaron con acompasado y lento redoble, que el teniente de Reales Fusileros, Alex Longford, había pagado su culpa.

Arrodillado abrazado al poste, Alex Longford parecía besarlo.

Diez minutos después, el oficial encargado de dar el tiro de gracia a su ex compañero, murmuró, mientras apuraba el sexto vaso de «whisky»:

—No lo comprendo, no lo comprendo…

—¿Qué te pasa, hombre? —preguntó otro oficial.

—No comprendo la última frase de Longford. Cuando… cuando le di el tiro en la sien, musitaba: «Creo… creo que era amor»…

Fuera amanecía ya el día 12 de abril de 1943.

CAPÍTULO II
LA MAREA SUBE…

La marea, en la costa de la Comarca de los Bosques, ascendía con sinuoso reptar casi imperceptible.

Lilian Walton, sentada en el verde musgo del islote, permanecía estática, ajena a todo, aspirando con deleite la salobre y diáfana atmósfera de la primavera inglesa.

¡Qué lejano le parecía el enervante combinado de perfumes del «Cocó a Grover», de Chicago!

Y sin embargo, sólo hacía tres semanas que había abandonado el elegante club nocturno de Chicago, donde era ella una de las más solicitadas parejas de baile.

Se estremeció, recordando la noche en que Rufus Maloney…

—No deberías ser tan imprudente, Lilian.

Ante ella, despertándola de su evocación, estaba en pie en el bote de remos, Tony Bart tendiendo una mano ancha y musculosa.

Ella se levantó, aprisionando la diestra viril entre sus dos manecitas como si se aferrara al ancla de su salvación redentora.

—No sabes nadar, Lilian, y algún día puedo olvidarme de venir a recogerte, y aquí la marea sube pronto.

—Sé que no te olvidarás, sé que puedo confiar en ti.

Y en las dos frases banales, al parecer, puso ella su anhelo de puro amor, su ansia de salvaguardia.

Contempló las amplias espaldas de Tony Bart, quien, remando rítmicamente y sin esfuerzo, constituía un símbolo viviente de fuerza, rectitud y noble ingenuidad, sin nada de la torcida mente de un Rufus Maloney, o de tantos otros de la populosa urbe de Chicago.

Del reducido islote que la bajamar descubría, había hecho Lilian Walton su predilecto crisol de pensamientos.

Todas las tardes ahora, desde la nueva luna que determinaba el horario de las mareas, allí quedaba a solas con sus reflexiones, y siempre, precedido en minutos por el agudo silbido de la sirena de la factoría, llegaba en su busca Tony Bart.

Cada golpe de remo que alejaba el bote del islote que empezaba a ser absorbido por la pleamar, simbolizaba para Lilian Walton el salvamento del naufragio, de su alma cansada, de su alma de «bailarina taxi» anegada por la marea del vivir sin ilusión.

Descendieron en la playa rocosa. Ella rodeó con su brazo el velludo antebrazo desnudo de Tony Bart, y emprendieron el camino que conducía al poblado.

—Dice la gente que te burlas de mí, Lilian.

—¡Oh! —protestó ella, sinceramente apenada—. ¿También hay maldad por aquí?

—¿Por qué maldad? ¿Acaso no tienen razón? Tú eres una muchacha con cultura, de ciudad, y yo soy un obrero inculto, sin modales.

—Calla, Tony, por favor. ¿No ves en mis ojos que no te miento? He venido aquí desde América, porque tengo un hermano en aviación, y sobre todo porque estoy cansada de ciudades. No puedes darte cuenta, Tony, de lo que significa esta paz para mí.

Tony Bart encendió su corta pipa de brezo y replicó.

—¿Paz, Lilian? Bombardeos, alarmas…

—Necesito esta paz que aquí alienta, Tony, en este poblado. Yo sería, feliz en este pueblo, lejos de todo y de todos;

Habían llegado frente al único hotel de Gosport, donde se alojaba ella.

—¿Vengo mañana en tu busca, Lilian?

—Como siempre, Tony. Tan pronto salgas de la conservería.

Lilian le vió alejarse con su paso aplomado, lento, tan distinto del bailarín andar de Rufus Maloney.

Ya llegaría un día en el que se desvanecería la silueta del «gangster», y sólo quedaría triunfante y eterna, la sólida figura tosca y viril, de Tony Bart, el obrero de Gosport.

Subió Lilian Walton a su alcoba, donde le servían las comidas. Y por milésima vez, revivió la noche del «Coco' a Grover», de Chicago, aquella hora trágica…

Reencarnó en su imaginación a la Lil Walton, que, vestida de rojo, como una llama de carne viva, semejaba la personificación de la alegría apasionada.

A la medianoche, hastiada de música sincopada y de acompasar sus cadencias a los pasos más o menos torpes de tantos clientes como tenía que soportar en beneficio de las tiras de tickets, fué en dirección a los tocadores.

Iba a entrar en uno de ellos, cuando le salió al paso Rufus Maloney. Ella estaba halagada por el interés que el «gangster» parecía demostrarle. Rufus Maloney… Un abrillantinado pelo negro, la dulce cañera de unos ojos aterciopelados, y aquellos dientes blanquísimos que mordían las escasas palabras que pronunciaba…

«Hola, Lil. Guapa esta noche.»

«¿Sólo esta noche?»

Rufus Maloney había encogido los estrechos hombros. Vestía impecablemente, y sus pies eran alados. Un buen bailarín…

«Acabas de bailar con un muchacho alto y pecoso, ¿no?

«¡Uf! No me hables, de él. Es un oso que se cree mariposa.»

«Tráelo aquí. Tengo que hablarle, y no quiero que me vean.»

Le sugestionaba la caricia de aquellos ojos y las palabras incisivas. Lilian volvió a la pista, y minutos después regresaba acompañada por un individuo alto y de rostro cubierto de pecas.

Los chasquidos del silenciador, fueron ahogados por los acordes del vibrante «bugui» que los saxofones aullaban.

Lilian Walton, aterrorizada, atisbo por entre sus dedos temblorosos, cómo Rufus Maloney descargaba en el moribundo un furioso puntapié, mascullando:

«¡Así dejarás quieta la lengua, chivato soplón!»

Ella, con la garganta seca, ardiendo, y los oídos zumbando, oyó apenas la voz de Rufus Maloney, que ahora le hablaba cortante:

«Lárgate, bebé. A cualquier sitio, cuanto más lejos mejor. Un pueblecito de Europa. Allá hay guerra, y no se ocuparán de ti. Toma para el viaje, y calla… o mis muchachos, te cribarían.»

Se encontró sola, con un puñado de billetes en las manos, y junto a un hombre muerto que se desangraba lentamente. Huyó despavorida.

Y ahora, en este pueblo pesquero de la costa inglesa, tenía la convicción de que nadie sabía quién era. No la buscaban.

Había leído, febrilmente, todos los periódicos procedentes de Norteamérica, los más sensacionalistas. Ninguno hacía mención de Lilian Walton.

¿Quién iba a notar sus desaparición de un «Coco’ a Grover» con más de cien «bailarinas-taxi», sin contrato fijo y libres de asistir o dejar de hacerlo?

Aquella noche, cuando recobró la serenidad, comprendió que su inmediata desaparición podría despertar sospechas. Y estuvo bailando el resto de la noche, sin que nadie pareciera haber encontrado un cadáver.

Y apenas estuvo en Gosport, tomó como meta diaria de sus pasos el pequeño islote, que sólo aparecía en la bajamar. Fué así como conoció a Tony Bart.

Había sido ella, la que, horrorizada al avizorar con terror la creciente subida de la marea, había llamado con todas las fuerzas de sus pulmones.

Y Tony Bart había realizado el primer gesto simbólico, rescatándola de una muerte cierta. El islote hallábase alejado de toda vivienda, a dos millas de la primera casa del poblado.

Tímidamente, él habíale reprochado su imprudencia. Comprendió que el pescador estaba cohibido ante la que consideraba una dama americana, hermana de un aviador yanqui, actuando en la R.A.F., que era lo que ella alegó, para justificar su presencia en Inglaterra.

Con el pretexto de conocer los contornos, ella alquiló los servicios como guía y remero, de Tony Bart, que a la salida de la factoría de conservas donde trabajaba, venía a buscarla.

Nacida en un suburbio de Chicago, ella, ante el mundo desconocido que le revelaba la naturaleza, y ante el vigor sano y primitivo de aquel hombre tímido y respetuoso, sintió florecer una ignorada sensación.

Su alma, ahogada en el continuo transitar entre egoísmos, sordideces y mezquindades, perdía su dureza e insensibilidad, y blanda y dúctil iba dulcemente dejándose modelar en la caricia de la sumisa adoración que leía en el gesto casi místico con que Tony Bart, rozaba sus manos, enrojeciendo.

La camarera retiró el servicio. Lilian Walton, ensimismada en la contemplación de la pulida convexidad de sus uñas que le devolvía la fugaz visión de los hombres que fueron en su pasado, y la más pertinaz e insistente de los rasgos del hombre de su presente, sintió de pronto la certeza instintiva de que era acechada con insistencia.

Levantó prestamente los párpados, y chocó su mirada con la desprevenida de la camarera, mirada en la que Lilian leyó una rencorosa desaprobación.

Simuló la criada arreglar el servicio en los compartimentos del carro-bufete, pero había sido tardío el desviar de sus ojos.

Pugnó Lilian por desvanecer la naciente inquietud. ¿Cabía mayor absurdo que imaginar que aquella criada inglesa, supiera que ella fué testigo del asesinato de Slim Carsons, alias «el Pecoso», allá en Chicago?

Pero a pesar de su meditativa argumentación, no lograba aquietar la incertidumbre.

Eligió una teoría tranquilizadora. Creyéndola una ociosa afortunada, aquella criada envidiaba, con rencor de asalariada, su inactividad.

Pero insidiosa se formuló la duda. Podía engañar con su distinción, a los hombres, poco observadores, pero a una de su propio sexo, no podía inducirla a error, su estancia en aquel

apartado rincón inglés.

Con la fácil predisposición a la desconfianza, sexto sentido femenino, aquella camarera…

Prefirió abordar directamente el amenazador interrogante, que acababa de surgir, dibujándose en la atmósfera de la alcoba.

—¿Tiene usted alguna queja de mí? —preguntó, en voz alta.

Soltó la camarera la empuñadura del mueble rodante, y sobresaltada, bajando la mirada, se enfrentó con su interlocutora.

—¿Decía usted, señorita Walton? —preguntó a la vez, sin levantar la vista del suelo, y preparando La respuesta.

—Me ha extrañado descubrir hace unos instantes una rara expresión en su semblante. Y me he preguntado, si, ignorándolo, la he ofendido a usted en algo.

La voz de Lilian Walton presentaba estridencias, no así, la monótona con que replicó la camarera:

—Oh, no, señorita Walton. La señorita es muy amable y considerada.

De antemano sabía. Lilian que de nada servía aquel absurdo interrogatorio. Impaciente, encendió un cigarrillo.

—¿Desea algo más la señorita?

—¿Cómo se llama usted?

—Patsy. Patsy Farel, señorita.

Una idea apaciguante obró a modo de sedante sobre los nervios de Lilian Walton. ¿Acaso Tony…? Sonrió divertida, de premio, y aliviada, al preguntar:

—¿Conoce usted a Tony Bart, Patsy?

—¡Oh, sí, señorita! ¿Quién no? Muy buen muchacho —y levantó ahora los ojos, que, casi descarados y provocativos, se posaron en el rostro de su interrogadora.

Y esta prefirió la nueva expresión que complementada con la anterior de hostilidad, le daban la clave ele su inquietud desaparecida.

Posiblemente, un amorío o unos simples requiebros de Tony Bart, motivaban en Patsy unos celos comprensibles.

Tranquilizada, despidió a la camarera con un ademán.

A las seis de la tarde siguiente, el ulular de la sirena de la factoría, invadió el pueblo, alegrando la soledad de Lilian Walton, que instantes después paseaba con Tony Bart.

Asidos de la mano, siguieron el camino pedregoso, que les conducía al bosque de gigantescos y aromáticos abetos. Frente a la plácida taciturnidad de su acompañante, experimentó ella el deseo de narrarle lo sucedido la noche anterior. Y expresó riendo su

sospecha.

—Bah —replicó él, concisamente—. Patsy odia todo lo que es bonito y huele bien.

—Ella es bonita y se perfuma.

—No me he fijado.

Atravesando un trecho del bosque, llegaron a la desierta playa donde Tony guardaba su bote de remos. Y ella, con los pulmones henchidos del olor a savia y a tierra húmeda de primavera, fué muy distinta a la Lil Walton, de enfermiza palidez nutrida de aromas de alcohol, y miasmas de humo de cigarrillos.

—No sé si me comprenderás, Tony —y era tan vehemente su deseo de condensar en frases la sincera desnudez de su alma, que fué incoherente en su hablar—: Quiero decirte tanto, y son tan pocas las palabras de que dispongo… He soñado siempre con la paz de un hogar. Una lumbre que chisporrotea, un hombre que sólo vive para una… Estoy desilusionada de tantas cosas, Tony… Quizá no me comprendas, pero creo que tú… tú podrías ser el hombre que devolvería mis ilusiones, las que soñé jugando con mi muñeca, la primera y única, que tan pronto se rompió, burlándome con su serrín…

Tony con la cabeza baja, mordisqueaba una brizna de hierba. En sus poderosos hombros, corría un temblor. ¿Fué instinto en él? ¿Fué en ella sentimentalismo excitado?

Se hallaron fundidos en un doloroso abrazó, éxtasis sin sentidos en ella.

Los rojizos resplandores del sol poniente, aureolaron el grupo eterno, resaltando la delicada figura cobijada, acurrucándose, entre los brazos fuertes, seguros y protectores.

—Quisiera pedirte… que fueras mi esposa, ¿accedes?

—Serías mi salvación, mi felicidad, pero antes necesito sincerarme, necesito decirte quién soy.

Aplicó él con suavidad su manaza sobre los labios femeninos.

—No quiero saber nada, Lil. Tal como eres, eres tú, y me basta.

—Tienes que saber… Quiero despojarme del lastre de un pasado del cual no soy la única responsable. Quiero entrar en tu vida, nueva, ofreciéndote la virginidad de mi alma, tal como quise ser… y no pude.

Habló de la pocilga donde un padre ebrio y una madre irascible, ahuyentaban sus naturales impulsos de cariño, de afán de ternura. Después, huérfana, la vida fácil hizo presa en ella.

Exprimió en íntimas confidencias, en sedante desahogo, la acidez de sus amargas desilusiones, la marea de bajas pasiones que

diariamente fluía y se aquietaba a su alrededor. Y terminó contando la imprevista acción de Rufus Maloney en el «Coco' a Grover».

—Esta es mi pobre existencia pasada, Tony.

Tony Bart nada dijo. Se limitó a palmotear con gesto torpe, en él delicado hombro femenino. Y fué tal la sensación de perdón protector que imaginó ella en el gesto, que en sus ojos se agolparon mudas lágrimas.

Impulsivamente besó la mano, toscamente acariciante…

El paseo por el mar, fué en Lilian un resucitar. La arisca y materialista «taxi-bailarina», se sintió transformada en una sumisa niña protegida por un dios bondadoso, que remaba sin esfuerzo.

Cada gesto, cada palabra de Tony Bart, era melodía suave.

—…y cuidado con la marea, que ahora sube a media mañana…

Por la noche durmió con la tranquila respiración de sus primeros años infantiles. Permanente, una sonrisa de inefable dicha acompañó su sueño.

Cuando a la mañana siguiente, se despertó, la doncella vino a depositar en la mesita de noche, una bandeja que contenía el desayuno y un sobre cerrado. No era Patsy Farel la que la atendía.

Una densa palidez fué cubriendo su rostro a medida que leía. Se vistió lentamente, y emprendió el camino hacia el islote unido, a la costa por una delgada franja de arena.

Sentada en el verde musgo del islote, no tuyo necesidad de releer la carta firmada:

«Anthony Bartling.»

La tenía grabada en todos los poros de su piel, letra a letra, como incrustada a fuego con hierro candente.

«Gosport a 12 de abril de 1943.

«Lil Walton: Gracias por tu información. Eran ciertas las sospechas del Departamento Federal de Chicago, de que fué Rufus Maloney quien mató a Slim Carsons, en el «Coco' a Grover». Yo pertenezco a «Scotland Yard», y al llegar tú a Londres, me confiaron, te vigilara discretamente, porque en estos tiempos de guerra, hay mucho espionaje. Después, desde Chicago pidieron a «Scotland» tu detención, y preferí primero intentar te sincerases conmigo. He cablegrafiado para que se proceda a la detención de Rufus Maloney. Hoy regreso a Londres, con Patsy Farel, policía femenino. Como sé que en el fondo, no eres una mala chica, sino una pobre desgraciada, te aconsejo que huyas de Inglaterra, antes de

que me obliguen a cumplir con mi deber y me vea obligado a detenerte por encubridora.

»Anthony Bartling.»

La marea ascendía con lentitud progresiva…

¿Huir? ¿Para qué? Estaba cansada, con el más infinito y peor de los cansancios…

¿Rufus Maloney? ¿Los «muchachos» de Rufus Maloney? ¡Qué importaban ellos! ¡Qué importaba ya nada!

Patsy Farel, espiándola. Anthony Bartling, acechándola. Rufus Maloney, engañándola… Todo era sucia marea viscosa.

El agua salada lamió sus pies. Lilian Walton, la «taxi-bailarina», se tendió boca abajo, mezclando con la hierba y el agua salada, la amarga sal de lágrimas sin ruido.

Abrazaba el sudario azul y líquido de su última ilusión.

La marea fue ascendiendo.

CAPÍTULO III
UNA RAZON PARA VIVIR

Alex Longford adquirió su primera sensación tratando de dilucidar por qué razón le parecía absurdo que en el Cielo o en el Infierno, hubiera luz eléctrica.

Se había figurado que si era arriba, habría cirios, incienso y coros de vírgenes tocando el arpa, mientras corretearían juguetones, unos angelotes gordezuelos y sonrosados, soplando en cornetas…

Cornetas… Eso era. Y él gritó atado a un poste. Le habían fusilado indecentemente. Notaba perfectamente su cuerpo, tendido, y estaba reflexionando.

Era curioso, que aun después de muerto, el cerebro no le dejaba a uno en paz. Pero lo que ya era inconcebible es que hubiera luz eléctrica en… ¿Infierno, Cielo?

Si veía la luz eléctrica, y la bombilla y un techo… ¡era que tenía los ojos abiertos, humanos!

—Levántese, Longford.

Dos palabras, humanas, emitidas por una garganta próxima. Con intenso pánico, Alex Longford trató de sonreír valerosamente. ¿Con quién iba a enfrentarse? ¿Con el portero celestial, gruñón, pero benévolo, o con un mefistofélico diablo armado de tridente?

—¡Maldición! Pero… ¡si es el crematorio! —rugió, sintiendo que sus cabellos se erizaban.

Se incorporó, fijando los dilatados ojos en la pared izquierda, donde, había nichos y urnas. Era el departamento anexo a la fortaleza de Aldershot, donde… quemaban los restos de los ejecutados, cuyos cuerpos nadie reclamaba.

Le contaron que los quemaban con el ataúd. Una medida de higiene. Giró sobre sus tacones, y miró al anciano, de cara de perro de presa, con mostachos blancos, que le contemplaba ceñudo.

—¡Major Cumbers! A mí… ¡me fusilaron! —gritó, temblando, Longford, palpándose el cuerpo.

—No sea histérico, muchacho…

—¡Histérico! ¡Oiga, Major, por el cielo…!

—Nadie puede oírnos, y sólo yo tengo las llaves, pero es preferible se modere, y acuda al propio dominio de sus nervios. Son las ocho, y ha estado usted dos horas narcotizado. Aquí no hay sillas, Longford. Abra las piernas, y así guardará el equilibrio.

—¿Qué bestial juego de manos en este?

—Modérese, muchacho. Tenemos aún una hora por delante, ya que las fuerzas están de limpieza, para la revista, y nadie sabe que estoy aquí. Tengo cuarenta años de servicio constante, sin una sola citación en contra, ni arresto. Hice la guerra del 14, y poseo la Cruz Victoria. Me faltan tres meses para retirarme… y por vez primera en mi vida, he quebrantado el Reglamento, falseando mi declaración, y comportándome como un maleante. ¿Por quién? ¿Por un hijo? ¿Por un amigo? Por un alocado jovenzuelo, declarado convicto de alta traición e inteligencia con el enemigo. ¡Cállese, que estoy hablando, joven!

Respetuosamente, respirando con fatigas, escuchaba ansioso Longford.

—Ayer noche por primera vez tuve un sentimiento antirreglamentario. Los jueces decidieron y demostraron que usted era espía, y que vendió o entregó documentos de la máxima, importancia al servicio alemán de la Gestapo, infiltrado en Inglaterra en la persona… lamentable, de súbditos ingleses. Ante la ley militar está fuera de dudas que es usted un espía, traidor a su patria. ¡Cállese, condenación!

—A la orden, señor.

—Tengo sesenta y un años, joven. Y es tarde, para quebrantar viejas costumbres. Sin embargo… atienda… Cuando murió mi esposa, cuando murió mi hija, y me quedé solo…, me entró una rebeldía casi furiosa. ¿Por qué me privaban de mis dos únicos cariños? ¿Por qué me dejaban solo en el mundo? Bueno… Pues ayer noche, por usted, un descarado jovenzuelo, escandaloso, mujeriego, jugador… yo sentí el mismo impulso de rebeldía. No lo pude argumentar, no lo pude razonar, pero de pronto tuve la certeza de que si usted, moría fusilado… yo, en el resto de mi vida, no hallaría quietud en mi espíritu. Será que soy ya un viejo chocho.

Alex Longford avanzó dos pasos, titubeante. Dobló una rodilla, levantó la diestra del Major Cumbers, y la besó. Después dijo, al ponerse en pie:

—Adelante, señor.

Carraspeó el viejo militar. Se sonó ruidosamente, y prosiguió:

—Según el Reglamento, yo entrego y reviso los cartuchos de ejecución. Los sustituí por cartuchos sin bala, de fogueo. La pistola del oficial que debía dar el tiro de gracia, estaba a mi alcance. Revisé el cargador, colocando en primer lugar, un cartucho de fogueo. Después, en Viejo «brandy» especial, vertí una mezcla, cuyos efectos eran fulminantes, a los dos minutos de ser ingeridos.

Y de duración máxima, dos horas. Me comporté ante el Código Militar como un traidor…, pero el Cielo me es testigo que obré de buena fe, con la convicción de no hacer daño. Y ahora, antes de proseguir, escuche, muchacho… En mi casa de campo donde voy algún domingo, y donde me retiraré pronto, tengo un viejo revólver de ordenanza. Cuando murió mi hija, en poco estuvo que no apretara el gatillo. No lo hice. Hubiera sido una cobardía y una deserción. Usted saldrá de aquí, y se irá a donde le parezca. Si llego, a saber que ha cometido alguna maldad, alguna canallada… ¡sin el menor titubeo me haré saltar la tapa de los sesos!

—Sí, señor —dijo, rígido, Alex Longford.

—A las seis y dos minutos usted fué colocado en un ataúd. El oficial del piquete y el coronel juez, en mi presencia, firmaron su muerte. Después en la furgoneta, fué traído aquí. Quedé solo, esperando al suboficial cremador, el cual encendió el horno colocado bajo el ataúd. Después, firmó con dos soldados, el acta de cremación. Usted se hallaba en aquel nicho, invisible para todos. Regresé a la fortaleza, y ahora, he vuelto, para decirle que para la Ley, para el mundo, para el ejército, para todos los efectos, Alex Longford ha muerto. Mañana, el coronel juez lo ve, y se sobresaltará, para después comentar que verdadero es que existe un sosias plenamente igual a otro, en cada ser humano. ¡No sonría, joven imbécil! Esto es lo que me molesta en usted. La incapacidad de tomarse nada en serio. He querido decirle que ya, aunque usted se presentase ante el propio general en jefe, y proclamase que es Alex Longford, le despedirían indignados, o le llevarían a un sanatorio… porque seis varones justos, plenamente sensatos, han firmado su muerte, presenciada por ocho soldados, que dispararon, y Alex Longford… está allí.

Señaló el Major un nicho donde había la urna con unas cenizas.

—Puedo equivocarme, pero me figuro que aunque ya no vuelva usted nunca a ser oficial aunque nunca recupere su honor, usted hará lo posible por demostrarse a sí mismo… y a mí, que no fué un espía.

—¡Sí, señor!

—El día anterior a su ejecución, fué ahorcado un paisano. Un inglés que estaba en relación con la Gestapo. Llevaba varios pasaportes y documentos. Aquí están. Pueden servirle. Allí tiene usted sus efectos, gabardina, zapatos, un traje de paisano, mudas, y el resto de la paga de este mes. Vaya, vistiéndose.

Fué sólo entonces cuando se dió cuenta Longford de que estaba en paños menores…

—Tuve que quitarle el uniforme porque se libran de las cenizas, los botones, espuelas e insignias metálicas. Cuando esté vestido, usted ya conoce el paso subterráneo cuya puerta final he dejado abierta. Hubiera sido ofensivo que citase mi plena confianza, de que usted, por más alocado que sea, nunca citará la clave del enigma. ¡Cállese, que estoy hablando! Esta hora sería trágica para otro, pero para usted, no… Y sin embargo, tengo plena confianza, en que no reposará ni un minuto, hasta recuperar su honor. ¡Hable!

—Mi honor, la ley, el ejército… ¡me importa un pepino, señor! Yo soy como usted. No me gusta exteriorizar mi sentimentalismo, y usted acaba de hablarme… en forma algo escalofriante. Entierre su viejo revólver Major Cumbers, porque nunca cometí ni cometeré canalladas. Y si nunca más me vuelve a ver, será porque habré muerto… de veras. Pero si me voy a dedicar de pleno a averiguar el misterio de la documentación de balística, que de mi cartera, pasó a ser copiada, y volvió a mi cartera; si para lograr saber quién o quiénes me hicieron esta perrería… no será por mí, no por el honor militar. ¡Será por usted, sólo por usted, y nada más que pensando en usted!

Carraspeó el viejo militar, para decir ceñudo:

—Joven, existe el honor personal, el honor militar…

—¡Y esto! —atajó Longford, dándose un golpe en el pecho, sobre el costado izquierdo—. Esto que tengo muy grande, pero que en usted… es monumental.

Ajustándose la corbata, añadió Longford:

—¿Qué es eso, Major?

—Los documentos del espía ahorcado, y la copia de su expediente personal, muchacho. Tal vez le ilustre. Algo no sabía… Que usted habla el alemán como un nativo, porque estudió cinco años en Heidelberg. Una ventaja, según cómo; un inconveniente en la mente del tribunal. Ahora… dentro de poco, nos separaremos, Alex Longford. Y es necesario que sepa, que si por azar hallara pruebas de su inocencia, no espere rehabilitación, porque Alex Longford está muerto y reducido a cenizas.

—Muy vivo, y sólo por usted y para usted. ¿Algo más, señor?

—Por allí saldrá usted en pleno campo… Yo le deseo suerte, y creo haberle dado una razón para vivir.

—¡Sí, señor! Y como último acto del que fué teniente Longford, pido respetuosamente una licencia.

—¿Una licencia?

—Que me permita estrechar su diestra, señor.

El Major Cumbers tendió la mano, y por un instante, fundidas

las palmas, el viejo militar, y el joven sin vida legal, se miraron a los ojos.

Bastó.

Giró sobre los tacones Longford penetrando por la poterna que conducía tras el largo pasadizo a un prado en declive, no visible en sus inicios desde la fortaleza, y después denso de pomares.

Nunca nadie respiró con tanto deleite el aire primaveral de aquel 12 de abril de 1943, a las nueve y un minuto.

Caminando con paso vivo, Alex Longford miró primero los pasaportes y documentos pertenecientes al espía ahorcado. Los introdujo en su bolsillo interior del chaleco de gamuza.

Guardó tan sólo un documento, porque era magnífico. La foto, algo borrosa, era pasable. Podía ser la del joven de ojos pardos, cara irregular, y cabello castaño, como decía la filiación militar, perteneciente a un tal Compton Travers, declarado inútil para todo servicio militar, por «lesión cardíaca». Era una licencia de «taxista». Compton Travers estaba domiciliado en Fareham, al Sur, en la costa.

Era posible que el espía ahorcado, hubiera empleado alguna vez la personalidad de Compton Travers, seguramente fallecido o inventado. Esto no le importaba. Iba a ir a Fareham.

Salió a las nueve y doce, en la carretera, junto al poste indicador de parada de autobús. El poste en que se apoyó le trajo un recuerdo muy desagradable… Cinco minutos después subía al autocar con destino a Winchester, Southampton y Fareham.

Mirando por la ventanilla estimó que la vida era hermosa. Sonreía el sol, no había niebla, la campiña era de un verde jugoso, los manzanos despedían un olor delicioso…

Y pese al uniforme no estaban mal las dos W. A. A. F., (Mujeres Auxiliares de las Fuerzas Armadas), que se sentaban a un lado.



Lo siento, muchacho. Debo atar sus manos al poste.

De costumbre le miraban bastante complacidas las mujeres. Aquellas dos, no. Comprendió. Era joven, y no llevaba uniforme.

Alex Longford sonrió, guiñando un ojo:

—No me calumnien, sargentas. Tengo lesión cardíaca, y no soy ningún emboscado, ¿saben?

Ellas giraron la cabeza al otro lado. Longford rió alegremente. ¡Dios, qué delicioso era vivir!…

Se aproximó el cobrador, seguido por un paisano.

—A Fareham, amigo. ¿Cuánto?

—Siete chelines.

—Los papeles, por favor —exigió el paisano.

—Perdón. Estaba distraído.

Tendió Longford la licencia de «taxista». El policía leyó despaciosamente. Segundos-siglos… Devolvió el carnet.

El autocar devoraba las millas con fácil rodada. Trató Longford de recordar si había estado en Fareham. No, nunca. Había estado casi al lado.

Gosport estaba a una milla de Fareham, más al Sur. Decidido… Bajaría en Gosport, compraría una guía del Sur, y así podría llegar al domicilio de Compton Travers sin preguntar.

Bajó en Gosport a las diez menos cinco. Compró la guía y por el litoral, se metió en un bosque de abetos, para documentarse sobre las calles de Fareham.

Sentado cerca de la orilla, soltó de pronto una imprecación. ¿Estaba loca aquella mujer tendida de bruces sobre una roca apenas mayor que un banco de parque?

Se puso en pie… El agua estaba cubriendo la roca, y la muchacha seguía de bruces, sacudidos los hombros por sollozos.

Saltó Longford al bote de remos, que empuñó para manejarlos con vigor. ¿Suicidarse llorando ahogada, cuando tantas razones había para vivir?

CAPÍTULO IV
UNA RAZÓN PARA MORIR O MATAR…

Lilian Walton, cuando el agua la cubrió, braceó, instintivamente, y quiso gritar. Un embate de agua salada invadió sus pulmones. Braceó, pero el agua la sepultaba…

Sus pies tocaron el suelo, y quiso subir, pero se asfixiaba. Una intensa negrura la rodeó, y perdió el sentido.

Subió a flote sin saberlo, y en sus cabellos y por un brazo, fué asida, izada a bordo de un bote.

Alex Longford la tendió boca abajo, dándole palmadas en la espalda. Ella fué arrojando el agua salada…

Remó Longford hasta regresar a tierra, y tras amarrar el bote, cogió entre sus brazos a la chorreante y frustrada suicida.

Depositándola sobré el musgo en pleno sol, empezó a darle palmadas en las mejillas. Ella abrió la anchura de sus azules ojos…

Vió el rostro sonriente de Longford, inclinado sobre ella.

—Bueno, ya pasó… Mejor sería que se cambiase de ropa. Suerte que luce un sol estupendo. No se eche a llorar, ¡caramba! Hay muchas razones para vivir. Es usted bonita, aun así con el cabello lacio, sin zapatos, sin maquillaje… Está usted bonita. ¡Cállese, que estoy hablando!

Y rió Longford recordando al Major Cumbers.

—Está tiritando, Mary. Le presto mi gabardina —y se la echó sobre los hombros—. Deje de llorar porque el día está radiante, es usted joven, y preciosa, y hay muchas razones para vivir.

—Yo sólo tengo una razón… para morir.

—¡Caramba! Usted es americana… El país impulsivo, batallador, donde sólo se suicidan los financieros. No sea majadera, Mary.

—Me llamo Lilian Walton.

—Tanto gusto. Vamos a hacer un pacto. Yo comprendo que me he metido en su vida privada, y no he de argumentar filosóficamente. Ahora iremos los dos a desayunar, y después, yo me voy. O sea, que siempre le queda tiempo para volver a darse un baño. Yo quisiera que hoy todo el mundo fuera feliz. Quisiera ahuyentar de ese rostro, la expresión de tristeza, de desconfianza, de pena… Muchacha, nada hay que valga la pena para suicidarse. Y no me diga que estaba usted tomando un baño de sol.

—Gracias, señor. Ha sido usted bueno. Tenga su gabardina. Ya

me he secado, y váyase…

—¡Ni hablar! Hemos de desayunar juntos.

—Váyase…

—Tiene que firmar acta para que me den la medalla del salvamento de náufragos.

Tristemente, ella insistió:

—Déjeme sola. Parece usted un buen muchacho, y me dejará sola… ¡Váyase, por el amor del Cielo!

Y doblándose a un lado, empezó ella a llorar. Alex Longford recordó la vez que se sintió tan conmovido al escuchar el llanto de una niña a quien un gracioso acababa de aplicar el cigarrillo en la tensa goma de su globo, que deshinchado colgaba grotesco.

El «gracioso» se fué dando tumbos, porque Alex Longford le aplicó un puñetazo en un ojo, otro en la nariz, y después un vigoroso puntapié en la parte baja de la espalda.

Pero, ¿aquí a quién tocaba pegar? Dijo suavemente:

—No soy un curioso impertinente, ni un borrico grosero, Lilian. Soy simplemente un hombre que no podría desayunar, pensando en que usted, intentara de nuevo suicidarse. ¿Robó la caja de su oficina?

—No —hipó ella, siempre de espaldas, casi oculta por la gabardina que Longford volvió a echarle sobre los hombros.

—¿Mató al verdugo de patrón? Tampoco. Entonces…, ¿por qué una chica bonita, por un día de sol y primavera, intenta beberse una ración de mar que pertenece a Inglaterra? Un desengaño de amor… ¿No?

Ella nada replicó. Se estaba enjugando el llanto.

—Un cigarrillo, por favor —pidió.

—¡Al instante, al instante! Son «Chesterfield», mi marca favorita. No hay nada como un buen cigarrillo para despejar el entendimiento.

Se puso ella en pie, aspirando el humo. La arena hizo contacto con las mojadas plantas de «nylon» de sus medias.

Tenía ante ella otro hombre, un odioso hombre, que ahora sonreía y parecía un buen muchacho, con cara de granuja simpático. Se encogió de hombros, porque sabía que no podría lograr que se fuera.

—Bien. Vamos a desayunar.

—¡Excelente! No hay como un buen baño para abrir el apetito. Y a la vez recoger otro par de zapatos. Su familia…

—Me alojo en el hotel de Gosport, y estoy sola.

—Allá tendrán jamón, huevos y todo eso que se come. Le

prestaría mis zapatos, aunque están un poco anchos… ¿quiere?

—No. Soy americana, y puedo ser excéntrica.

—Oiga… —sonrió Longford—. Me gustaba usted más antes. Ahora adopta aires de mujer fatal, y le sientan como unos guantes a un pato.

Rió ella, agriamente.

—Usted, inglés, tiene poca perspicacia. Habrá tratado pocas mujeres, ya que no adivina que soy una cualquiera, eso que llama usted una mujer fatal, barata…

—¡Cállese! —atajó irritado Longford—. La he visto llorar, la he oído. Me recordó a una niña que se quedó sin globo…

—¡Qué tierna evocación! No siga, que lloraré…

—Y siga usted así dándoselas de cínica, y le daré un motivo para llorar a gusto, porque le atizo un sopapo en todo lo alto de la cresta. La vi sin pintura, trágicamente triste… Me gustaba más como antes. Pero si ha de seguir diciendo majaderías, cierre la boca.

—Usted no es nadie para meterse en mi vida.

—¡Por eso precisamente! Porque dentro de un rato, cuando cada uno de nosotros, siga su camino, me tendrá sin cuidado que se meta usted en el mar, o se tire por la ventana de un quinto piso. Pero ahora, y por la afligida Lilian que lloraba tan sinceramente, sin histeria, reventado el corazón, honestamente, me meto en lo que no me importa. Después haga lo que quiera. ¿Vamos bien para el hotel?

—Vamos bien. Es esta calle. ¿Nota cómo nos miran?

—Es que somos guapos.

—Y también porque saben ya todos en el pueblo, que uno… me engañó miserablemente.

—Bueno. Pues cuando le vea, péguele cuatro puñaladas. Dos firmadas por usted, y las otras dos, en mi nombre.

Entraban ya en el vestíbulo del hotel. Ella dijo:

—Subo a mudarme.

—Y yo encargo el desayuno.

—¿Está seguro que volveré a bajar?

—De lo que estoy segurísimo, es de que voy a desayunar.

—¿Ya no le importa, que…?

—Ojos que no ven, corazón que no siente. Si piensa tirarse por la ventana, no haga mucho ruido. La tortilla de rubia yanqui, no me convence.

Ella subió las escaleras. Longford se acodó en el mostrador. El gerente le miró altivamente.

—Desayuno para dos.

—Lo siento, señor. La cocina está apagada.

—Enciéndala.

—No es hora, señor.

—¿Tengo cara de glotón que no paga la cuenta, o qué? Esta cara…

Y de pronto, Alex Longford, se interrumpió, asombrado. Estaba mirándose en el rectángulo bruñido a espaldas del gerente, y el espejo le devolvía su cara… con una novedad.

A cada lado de la cabeza, encima de sus orejas, junto a sus sienes… ¿qué eran aquellos cabellos blancos? Boquiabierto, se quitó el sombrero.

El gerente decía:

—No es por usted, señor. Es que… lamento comunicarle, que la policía, me ordenó presentar la factura a la señorita… y no admitir que continuase aquí.

Alex Longford seguía mirándose, fascinado. Tenía los cabellos completamente blancos.

A su lado, Lilian Walton replicaba:

—Ya oyó, amigo. Y usted, cóbrese. Tendrían que darme dinero, mucho dinero, para que yo pasase una sola hora más en este sucio pueblo de pesca. ¿Qué le pasa, amigo?

Alex Longford volvió a encasquetarse el fieltro azul. Ella dijo:

—Está visto que se gusta usted. Le agrada verse los cabellos blancos, que le hacen muy interesante. ¿Se los tiñe?

—La vuelta —dijo el gerente.

—Cómprese una flauta con la vuelta. Y será un magnífico seguidor de entierros, con esa cara de bacalao.

Y olímpicamente, ella cogió la maleta, yendo hacia la puerta. Rió Longford al ver la cara ofendida del gerente.

Ella había decidido que nunca Tony Bart tuviera el gusto de apuntarse en la odiosa lista de conquistas, una ahogada por suicidio… al menos en Gosport.

En la calle, dijo:

—No hay desayuno en Gosport.

—Por lo visto, armó usted el escándalo padre. De aquí a Fareham, andando, no hay ni quince minutos. Allá voy. Le puedo llevar la maleta.

—Bueno.

Echaron a andar, y cuando estaban ya fuera del conjunto de edificios, caminando por la carretera hacia Fareham, visible, comentó:

—Tuvo usted una frase genial, amigo.

—Yo soy así. Un tipo genial.

—Dijo: «Hay muchas razones para vivir». Las hay también para, matar. No se asuste…

—¿No ve? Estoy tocando las castañuelas con las rodillas.

—Fui una tonta. Iba a suicidarme… Tal vez lo haga, pero algo es seguro. Primero mataré al que… se burló de mí.

—Muy bien hecho —dijo, tranquilamente, Longford.

Veía lo ocurrido. Un paleto del pueblo de Gosport se burló de ella, que enamorada, estaba rabiosa. Después… se le pasaría, y por de pronto quedaba atrás Gosport.

—Usted es un fresco —y ella sonrió profesionalmente.

—Y usted ahora se las da de vampiresa, y es una infeliz. Odia a los hombres, porque encontró uno o varios, groseros… ¿y qué? ¿Tienen que pagar el pato los que siguen? Esta es la filosofía femenina.

—Debí pensar que estos cabellos blancos en un rostro joven, son prueba de gran experiencia. Y no parecen teñidos… ¿o lo son?

—Esta noche, en una hora, el peluquero… Bien, ya estamos llegando. Es usted ágil de piernas, Lilian.

—Me pasé tres años bailando.

—Caramba… La campeona mundial de resistencia. Esta es la calle principal, y a la izquierda está Davenport, y en el número 12, tiene Compton Travers su casa. Mía y suya, vaya….

—Gracias, Compton Travers. ¿Es usted de Fareham?

—Hoy.

—¿Hoy?

—De paso. Resido en Londres.

Londres… «Scotland Yard», donde estaba Anthony Bartling.

—¿Cuándo vuelve a Londres?

—Tan pronto vea si el «taxi» de Compton Travers existe.

—En el Sur de Inglaterra hablan ustedes raro. Le sería mucho más fácil decir que va a ver si le han reparado el «taxi».

La calle de Davenport se distinguía porque las casas estaban muy distanciadas las unas de las otras.

El número 12, era una cerca de madera, algo que parecía una cuadra a la izquierda, y un cobertizo central. A la derecha, un garaje.

Empujó Longford la puerta, atravesó la corta alameda, y tocó en la puerta del cobertizo central. Nadie respondió transcurrido un minuto.

—No hay nadie —sonrió Longford.

—Saque la llave, y asunto resuelto.

—La olvidé.

Fué Longford a la derecha. Alzó la barra que cerraba el garaje. Un «taxi» corriente, matrícula de Londres, marca «Austin»…

Alzó el capot, y comprobó el motor. Sondeó. No había gasolina, pero sobre una mesa, había dos galones, fué vertiendo en el depósito.

—¿Ya no quiere desayunar?

—No. Almorzaré con más apetito. Vuelvo a Londres.

—¡Qué bien! ¿Admite pasajera? Pago la carrera.

—Si lo dice, creyendo que la invito, se equivoca. Lo que marque el taxímetro, esto me paga en llegando.

—Es lo natural ¿Admite propinas?

—Cuando lleguemos, ya se lo diré.

Ella colocó su maleta al interior del «taxi», y se sentó en la parte destinada a pasajeros. Encendiendo un cigarrillo, pensó que era providencial la llegada de aquel descarado muchacho, de cabellos blancos.

Iría a Londres, y tarde o temprano sabría encontrar al policía Anthony Bartling. Lo mataría… por el crimen que cometió Tony Bart.

Alex Longford puso en marcha, y hacia atrás, el «Austin» abandonó el garaje. Le enfrentó con la salida lateral, y dejando roncar el motor, se apeó para dirigirse al cobertizo central.

Lo contorneó. Daba la absoluta impresión de abandono, de lugar donde por mucho tiempo nadie ha vivido. Y sin embargo, el «taxi» estaba cuidado, engrasado… con dos galones, de gasolina dispuestos.

Atrás, el cobertizo daba a un huerto. La disposición indicaba que aquello había sido una granja. El establo a la izquierda, estaba vacío.

Penetró, pasando por entre los pesebres con telarañas, y halló la puerta de comunicación con el cuerpo central de los tres compartimientos de que se componía la propiedad de Compton Travers.

Tanteó la puerta, que chirriando se abrió. Una cocina campestre, con gran lar ennegrecida, polvorienta. Suciedad, abandono… Ningún mueble. Atravesó la cocina, y se halló en un cuartucho que debió ser alcoba.

Había un camastro desvencijado, una silla coja, y un palanganero. Se podía escribir con el dedo en la nutrida masa de polvo que cubría todo.

Fuera, Lilian Walton terminaba su segundo cigarrillo, cuando se

estremeció. ¿Ya…?

Un policía uniformado, de rostro bonachón, miraba el «taxi», y se acercaba procedente de la carretera lateral. Saludó, llevándose la mano al borde del ovalado casco.

—Buenos días, señora. Me dijeron que alguien estaba sacando el «taxi» del señor Travers.

—El señor Travers fué a la casa.

—Ah… con su permiso, señora.

Volvió a saludar, alejándose para contornear la casa. Viendo abierta la puerta del establo, penetró, y al ver surgir a Alex Longford, saludó:

—Buenos días señor Travers.

«¡Caramba! pensó Longford. ¿Cómo diablos…?»

—La señora me dijo que estaba usted inspeccionando su casa, señor Travers. A lo mejor, piensan ustedes habilitar la granja, para disfrutar del verano de Fareham.

—A lo mejor… Creo haberle visto ya, guardia.

—No puedo decir lo mismo, señor Travers. Desde que usted envió al Banco Central de aquí, desde Londres, el dinero para comprar esta granja, teníamos curiosidad por conocerle, señor Travers. Los informes dicen que sufre usted lesión cardíaca, lo cual le impide cumplir con el deber de la juventud en estos tiempos de guerra. El aire de Fareham le sentaría bien señor Travers.

Longford, sonriente, tendió su carnet. El guardia cogiéndolo, dijo:

—Gracias, señor Travers. Comprenda que es mi deber… —y parsimoniosamente fué leyendo. Tardo unos instantes, y, devolviéndolo, añadió—: Comunicaré a James, que se lleva el «Austin». El chico es muy trabajador. Cada dos o tres días venía a echar un vistazo.

—Felicítele, porque tiene mi «taxi» en buen estado. Creo, que en efecto, tendré que acondicionar este caserón, para el verano. Ya volveré… Y dígale a James, que ya le mandaré dinero.

—Está muy contento, porque cada mes recibe sin falta el giro. Para lo que guste mandar disponga del número 765, John Elliot, servidor de usted.

—Gracias, Elliot.

Sentándose, empuñó Longford el volante. El guardia saludó, y arrancó el «Austin».

Por lo visto, nunca había venido a Fareham, el verdadero Compton Travers. Debió existir, como lo demostraba la inspección de Sanidad Militar… Debió morir, y el espía ahorcado, entró en

posesión de sus papeles de identidad, y del «taxi»… o a lo mejor, eran papeles falsos, pero magníficamente presentados. Bueno, esto de momento, no urgía ni interesaba.

Consultó el mapa de rutas. Tres horas para llegar a Londres, sin forzar el cuentamillas. ¿Y qué debía hacer en Londres…?

No lo sabía. Miles de veces había desmenuzado minuto a minuto el contenido de siete horas…

Siete horas del siete de enero del mismo año 1943. En estas siete horas, estaba todo el misterio.

Siete horas que empezaron exactamente a las doce y cuarenta, del siete de enero. Un día áspero, con llovizna helada, copos de nieve, ráfagas de viento cortante como cuchillas…

Alex Longford estaba en el campamento de Eton, donde su batallón se reorganizaba, para convertirse en unidad que saldría para Egipto.

Y recordaba, que empezó «aquello» a las doce cuarenta, porque consultó su reloj, contrariado, al decirle un sargento que el Comandante del Grupo de Morteros, le llamaba.

Alex Longford debía salir en el coche de la una y diez hacia Londres. Le habían encomendado varias compras. Y contaba con pasarse unas horas en Londres; para regresar en el coche de las ocho de la noche.

El Comandante del Grupo de Morteros, bajo su tienda, expuso:

—Es usted el oficial que hoy va a Londres. Podría enviar un correo especial, pero están todos atareados, enlazando diversas secciones. Usted llevará este sobre al coronel del Parque de Municiones, de Londres. Se lo entregará personalmente, sólo a él mismo. El coronel le firmará el sobre.

Tendió el jefe de Morteros, un sobre ordinario, azul, poco voluminoso, estampado encima el sello de su unidad, y con la dirección:

«Coronel Jefe del Parque de Municiones. Londres.»

Alex Longford introdujo el sobre en el bolsillo de su guerrera.

—Por determinadas razones, le encarezco la conveniencia de que este documento no se extravíe, y sea entregado personalmente a su destinatario. Puede disponer.

Saludó Longford, y poco después, sentado en el coche oficial, se dedicó a componer su plan de aprovechamiento de las siete horas de que disponía.

Al llegar, iría rectamente al Parque de Municiones. Le firmarían el sobre. Iría a comer al «Lyon's» de Crescent Street, donde aquella

camarera… Mabel, no, Muriel… eso es, Muriel, estaba ya casi a punto de dejarse convencer para «tomar el té».

A las tres y media iría al cine, a ver los documentales y dibujos animados. Una hora y media, mientras que el furriel, con la lista, verificase las compras, viniendo a esperarle a la salida del cine «Rex».

A las cinco al «Drury Lane» para ver a la inefable Rosalind Garden, interpretando el papel de Elena, la esposa inteligente, que vencía todos los obstáculos.

A las siete y media, saldría, e iría a tomar unas copas al «Pigeon», donde citaría a Elisabeth, la revoltosa dependienta del bazar dedicado a la venta de bisutería.

Y a las ocho, no le quedaba más remedio que coger el coche y volver al campamento.

Y verificó su programa, pero con una alteración. Al llegar al Parque de Municiones, le informaron que el Coronel Jefe estaba en visita de inspección a un regimiento de Aprovisionamiento, acampado en la costa al Este, a diez millas. Volvería hacia las siete de la tarde.

Suspiró. Tendría que sacrificar su entrevista en el «Pigeon» con Elisabeth.

A las dos y media, almorzaba en el «Lyon's», servido por Muriel, la cuál aceptó «tomar el té», el siguiente viernes.

A las tres y media entraba en el «Rex» riendo con las pueriles aventuras de los muñecos animados, y enseriado el semblante al ver desfilar por la pantalla los tétricos sucesos de actualidad: la guerra.

A las cinco menos diez, salía, y el furriel entregaba la lista de compras. Le encargó Alex Longford, que se encaminara hacia las siete al Parque de Municiones, y apenas llegase el Coronel Jefe, que le telefonease al «Drury Lane».

Entró en el teatro «Drury Lane», donde tenía reservada la butaca número 4 de la fila segunda, para los martes, viernes y sábados, para la sesión de cinco a siete y media.

Se extasió mirando a Rosalind Garden. Se sabía casi de memoria las ingeniosas réplicas de la comedia «Mundo de mercaderes», de Kenet Lindsay.

A las siete en punto, en el descanso que precedía al tercer acto, una acomodadora, llamó en el vestíbulo:

—¡Teniente Longford, al teléfono, por favor, cabina tercera!

El furriel comunicaba que el Coronel Jefe del Parque de Municiones era esperado, a las ocho menos cinco en punto, en que tenía que presidir una reunión de jefes militares del Departamento

de Balística.

Longford abandonó el teatro después de telefonear a Elisabeth, la empleada del bazar, con la que quedó citado a las siete y veinte en el «Pigeon».

En el salón de té, Elisabeth bailando, reconoció que echaba muy de menos a su «tormento». El «tormento» aludió a sus obligaciones militares, que le impedían pasarse las veinticuatro horas del día junto a su «verduga». Elisabeth, sin hablar, dió a entender que pronto se apiadaría…

A las ocho menos cuarto, Alex Longford cogía un «taxi», y a las ocho menos siete, se hallaba en la sala de banderas del Parque de Municiones.

El coronel había, llegado ya. Fué conducido a su despacho, y entregó el sobre, que el coronel abrió, miró… Estampó un sello en el sobre, y firmó debajo. Al devolverlo, inquirió:

—¿Por qué no me lo entregó antes, teniente?

—Vine a las dos, señor. Me manifestaron que Usía se hallaba revistando fuerzas en la costa oriental. Pensé que yendo al encuentro de Usía, y dado que el regimiento se extiende en varias millas, no le hallaría antes de la noche, o nos cruzáramos, y…

—Entendido. Puede disponer, teniente.

Cuatro días después, el 11 de enero, cuando Longford, se disponía a subir al coche oficial hacia Londres, porque era viernes y debía entrevistarse con Muriel para almorzar juntos, pasear, ir al cine, y después ir al teatro con Elisabeth, un oficial se le acercó.

—Mala suerte, Alex. Te llama el viejo.

El «viejo» era el general en jefe de la división a la que pertenecía el batallón de Fusileros Reales.

Entró en el despacho, y sorprendido, examinó a los cinco militares que le estaban mirando sin amabilidad. Dos generales, y tres coroneles.

Y fué entonces cuando empezó, el folletín. Le preguntaron diversas cosas. Y de pronto, uno de los coroneles, dijo:

—Sírvase acompañarme, teniente Longford.

Extrañado le siguió a su coche, sentándose junto al chofer. Dos horas de viaje… y al final el coche entró en la lúgubre fortaleza de Aldershot, donde ya había estado cierta vez de guarnición, conservando poco grato recuerdo.

Un oficial de guardia le hizo firmar constancia de que ingresaba incomunicado. En la celda, le acompañó el coronel y un paisano.

Fué el paisano, que esperaba en Aldershot, el que dijo:

—Pertenezco al «Intelligence», teniente Longford. Esta misma

mañana, un agente nuestro en Alemania, nos comunicó que el servicio alemán, recibió las microfotos del documento «HY-16». Este documento es el correspondiente a la adaptación del proyectil perforador de coraza blindada de tres pulgadas, en su conversión de pieza de mortero a bala de fusil portable antitanque.

Alex Longford dijo:

—No entiendo nada de nada.

—Hasta hace cuatro días, el proyectil «HY» sólo podía ser disparado por mortero pesado, difícil de desplazar y requiriendo cinco servidores. Un capitán de Morteros, logró tras largos estudios, la fórmula de fabricación del proyectil «HY-16» y su dispositivo especial, para adaptación a fusil de ancho cañón, portable por un tirador y un servidor de munición. Y esta fórmula es la que usted recibió encerrada en un sobre a las doce y cuarenta del día 7 de este mes, para ser entregada inmediatamente al Coronel del Parque de Municiones.

Crispó los puños, lívido, Longford.

—¿Que insinúa?…

—Me limito a decirle que las microfotos de las tres hojillas escritas y el plano de la cuarta hojilla, contenidos en el sobre que usted llevaba, han sido ya archivados por el servicio alemán. Teniendo la plena garantía de que el capitán inventor, el comandante de Morteros y el coronel del Parque de Municiones, están por encima de toda sospecha…

—¿Por qué?

—El capitán trabajó desde los inicios, en un laboratorio vigilado contra toda posible entrada del exterior. Y sigue en el laboratorio, porque sólo vive para perfeccionamientos. El comandante del Grupo de Morteros, recibió el sobre de manos de uno de los vigilantes del laboratorio, a las doce y treinta y cinco. El sobre cerrado.

—¿Por qué me mandaron a mí?

—No podía ser enviado ninguno de los vigilantes, reconocible. Y a las ocho, apenas, recibió el sobre, el Coronel del Parque de Municiones, hizo entrega al Departamento de Fabricación, rigurosamente controlado. Es pues, matemático que las microfotos fueron obtenidas entre las doce y cuarenta, hora en que usted recibió el documento «HY-16», y las ocho menos cinco, hora en que lo entregó al coronel del Parque de Municiones. Y sepa que no le acuso… todavía, de haber verificado usted las microfotos. Aquí tiene cuartillas y lápices. Escriba cuanto hizo, paso a paso, desde las doce y cuarenta del 7 de enero, hasta las ocho menos cinco del mismo día. Aquí, el señor coronel, es su juez, y queda procesado.

La copia del expediente leída por Longford, en su viaje desde Aldershot a Gosport, terminaba demostrando la absoluta comprobación de que sólo pudo ser el propio Longford, quien fotografiara el documento «HY-16», entregando las microfotos a algún agente al servicio alemán entre doce y cuarenta, y ocho menos cinco, o entregando entre dichas horas el referido sobre para, su fotografía, al agente.

Decía el expediente que habían sido detenidas Muriel Huxleg, camarera del «Lyon's», y Elizabeth Mackenzie, dependienta del bazar «Turkish». Y fueron liberadas días después, comprobada indiscutiblemente su inocencia. Y ahora al volante, Alex Longford sonrió furioso. ¡Él no había entregado el sobre a ningún agente! El sobre no había abandonado un solo instante su guerrera entre doce cuarenta, y ocho menos cinco.

Y por más que desmenuzara hasta el segundo cuanto hizo aquella maldita tarde del 7 de enero, no veía quién…

—Tengo hambre.

Volvió Longford al momento presente. Hasta entonces había conducido maquinalmente, absorto en sus pensamientos, con la misma absorción de la que sentada atrás, pensaba en que ya tenía la razón para matar, porque muriendo Tony Bart, con él mataría ella todas las desilusiones que los hombres habían acumulado en su corazón.

—Yo también, Lilian. Pero sólo falta… cosa de hora y media, para llegar a Londres. Y allí cada cuál siga su camino.

—Parece que tienes ansia de perderme de vista.

—Tal como se comporta desde que dejó de llorar, sí. Cuando vuelva a ser como es, de verdad, entonces… búsqueme si me necesita.

—¿Y cómo soy de verdad?

—Las almas son como las flores, y las fiebres. Tienen su emanación. Y yo la capto. Usted es romántica, pide mucho del amor, y trata de disfrazarlo dándoselas de vampiresa.

Lilian Walton adquirió un repentino respeto, hacía el que hasta entonces había considerado conquistador superficial…

Volvieron ambos a sumergirse en sus pensamientos. Ella, meditando que si era reconocida en Londres, iría a la cárcel, hasta su traslado a Chicago, acusada de encubridora.

Él, pensando en su guerrera. Una guerrera, que ni un solo instante se desabrochó, porque no «tomó el té» con ninguna de las dos que tenía en perspectiva…

Cierto que intentó abrazar a Muriel, la camarera, acechándola

en el pequeño vestíbulo lateral. Pero ella riendo le empujó, y se fué.

También bailando con Elisabeth… Pero no, porque su guerrera seguía adherida a su busto. ¿En el cine? Tuvo dos vecinos, porque las filas, estaban pobladas.

Una vieja dama con sombrero anticuado y paraguas, a la derecha. Un chico, masticando caramelos. Y su guerrera, abrochada hasta el cuello, constantemente adherida al busto.

En el teatro, lo mismo, sólo que variando los vecinos. Un individuo de rostro afilado, cara de aburrido a la izquierda. Y a su derecha un joven acompañado de su novia, seguramente, porque no se soltaban las manos mi por una apuesta.

Y en los entreactos, en la cabina, en el «taxi», en el coche oficial, nadie le rozó la guerrera. Era incomprensible… Y, sin embargo, el «Intelligence Service» agotó todas las pesquisas, para no ya solo demostrar su inculpabilidad, sino también hallar al posible autor de las microfotos.

Aunque reconocían que era plausible, dado su carácter, el estimar que no era urgente la entrega, por cuanto no se le dijo que contenía un documento de tanta importancia, también aludían a sus cinco años de estudios en Alemania, de los catorce a los diecinueve, preparando las asignaturas de ingreso en la Escuela Diplomática, donde era muy solicitado el dominio completo del idioma alemán.

Murieron sus padres en aquellos cinco años, y fué cuando tuvo que abandonar sus aspiraciones a diplomático, carrera que requería bienes propios que, no pudo dejarle su padre…

Había entonces llorado mucho la muerte de sus seres queridos, pero hoy, casi consideraba providencial la muerte prematura de su madre, atacada de cáncer, y de su padre, en accidente de tráfico.

Vivos… y creyendo fusilado al hijo por espía… hubiese sido horrible. En cambio así, bien muerto estaba Alex Longford, sin que nadie le llorase.

El Támesis acompañaba ya desde millas el «taxi» «Austin».

—Me agrada usted porque es poco hablador, cuando conduce. Un chofer bueno y discreto.

—Gracias, señora. Y fíjese en el taxímetro, señora. Marca dos libras y dos chelines, señora. Eso de viajar y a la vez ganar dinero, ha sido mi suprema ilusión, señora.

Sonrió ella. Era simpático aquel granuja de cabellos blancos.

—¿De qué color tenía usted los cabellos antes, Travers?

—La señora me recuerda ahora otra ilusión. Teñírmelos discretamente. ¿De qué color le gustan a la señora los leoninos cabellos de Sansón?

—No sea tonto, Travers. Sabe que me llamo Lilian.

—¡Oh, no, señora! Usted paga la carrera, señora.

—Se burla y está casi desdeñoso, Compton. Yo no le he hecho ningún mal. Antes… era usted cordial, amistoso…

—Cuando usted era humana, sencilla, dolorida. Y entonces, hubiese podido pedirme cualquier cosa y la habría hecho. Yo soy así, en el fondo, un sentimental…

—Lo creo, pero me han desengañado demasiado los hombres.

—Porque no se llamaban Alex… Compton Travers. Y ya que queda aún media hora, ¿por qué no se desahoga?

—Lo hice ayer tarde, y él…

—¿Quién, él?

—Tony Bart me causó la peor herida…

—Tampoco debió usted quedarse manca, por cuanto dijo el gerente del hotel de Gosport, que la policía casi la echaba del pueblo. ¿Qué fué? ¿Le melló la cabeza, a Tony, a taconazos?

—Hubiese querido contar con su amistad, Compton. Pero prefiero ser limpia, y jugar claro con usted. No sé por qué, pero me parece que sería una mala acción engañarle y tratarle como a un vulgar Adán.

—¡A tu servicio como chófer y como hombre, Lilian! Adelante… Ahora hay emanaciones de alma… ¡Hum! ¡Y qué bien huele! Adelante.

Y ella por segunda vez, cerrando los ojos, fumando incesantemente, habló como lo hizo con Tony Bart. Terminó:

—…y ahora la policía me busca como encubridora de Rufus Maloney. Esta es mi pobre historia, Compton.

—¿Se la contaste a Tony Bart, y él se chivó a la policía? ¿No es así? Bueno, ya volveremos a Gosport, y romperé la cara al patán de Tony. Pero… ¿a qué vas a Londres?

—Está en Londres Tony Bart… y he de matarle.

—Escucha, Lil. Yo nunca tuve hermana, y como quiero a otra mujer, puedo, sin mentir, decirte que en tu situación me agradaría me considerases un hermanó.

—Sí, Compton —dijo ella, apoyados los antebrazos en el reborde de la ventanilla abierta que separaba los dos compartimientos. Y lo dijo trémula de esperanzas…

—Entonces, debes pensar que si cada chica que siendo sincera, es objeto de canallada por parte de un hombre al que ama, y se decide a matar al canalla, íbamos a quedar muy poquitos varones en la tierra, y las cárceles estarían llenas de mujeres… Bueno, y viceversa, en menor escala. ¿Qué conseguirías con matar a un

cateto como Tony Bart, el conservero?

—No es lo mismo una señorita que sufre su primer desengaño, que Lil Walton, quien creyéndose ya a salvo de este mundo falso, desnuda su alma, y… sin quererlo, da la prueba de que Rufus Maloney era el asesino de «el Pecoso». Si la policía no me detiene por encubridora los pistoleros de Maloney, tarde o temprano, me matarán. ¡Y todo por culpa de Tony Bart!

—Lo mejor es que vayas a la policía, y les digas todo tal como pasó. No lo denunciaste entonces, porque tenías miedo de su venganza. No quieres salir de Inglaterra, porque temes a los pistoleros de Maloney. Pueden meterte en la cárcel a lo sumo un par de meses… y al salir, yo te esperaré.

—No, Compton. No quiero ir a la cárcel…

—¿No? ¿Y qué crees tú qué pasará cuando seas tan loca como para matar a un canalla, que siéndolo, no deja de ser un hombre? En Inglaterra, no hay crímenes pasionales con indulgencia por parte del tribunal. Dirían que fué porque él te delató. Irías a la horca, Lil. O sea, que hazme caso. Ahora te dejo en cualquier hotelito confortable de Mayfair. Está, por ejemplo, el «Alexandra», exclusivamente para señoritas.

—Apenas me inscriba, la policía vendrá.

—Entonces, ¡ven a mi casa! Sin temor, Lil. Como hermanos.

—¿Dónde vives en Londres, Compton?

Alex Longford había leído la patente del «taxi», y el domicilio londinense de Copton Travers:

«Villa Linkers, carretera de Richmond, milla veinte».

Pero allí no podía presentarse… de momento. Allí conocerían al verdadero Travers, o al espía ahorcado, que usaba dicha personalidad.

Replicó indiferente:

—No tengo casa propia, sino que cambio de fonda.

—Ya me supuse que un soltero como tú, caprichoso…

—¿Cómo adivinaste que era soltero?

El «taxi» entraba ya por el puente sobre el Támesis en Saint Margaret.

—Tu modo de ser. Acepto, Compton. Iré contigo.

—Bien. Y ahora, dime: ¿un tinte moreno azul sólido? He pensado que estos cabellos blancos son demasiado detonantes.

—Eres extraño, Compton. Hay ciertas cosas raras en ti…

—¿Un tinte azulado sólido? —volvió a preguntar, el que hasta la madrugada de aquel mismo día tenía los cabellos de un castaño cobrizo—. Para aplicármelo yo mismo.

—Uno francés muy bueno de la casa «Oréal».

—Bien. A la que pase delante de una perfumería, paro, entras y lo compras. Me agradaría que fuera, de un color que no oliera a tinte.

—Descuida. Dará la misma sensación de naturales, como los que tienes. ¿Fué enfermedad la causa de tus cabellos blancos, Compton?

—Una fiebre aguda —y detuvo el «taxi» ante una perfumería lujosa de Mayfair.

Ella descendió. Poco después, volvía con un paquetito.

Alex Longford miraba por el espejo retrovisor, fijo a un lado del parabrisas. Y dijo al arrancar:

—¿Conoces a los muchachos de Maloney?

—Sí. A todos ellos.

—¿Eres posible que haya algunos en Londres?

—No sé… —dijo ella, asustada—. ¿Por qué?

—Desde que doblé el puente de Saint Margaret, una *limousine* «Bentley» nos sigue. Se ha parado, al yo pararme, y ahora está en marcha, y voy a girar por Fulham, y después me meteré por Battersea… ¡No mires! Espera.

Ella se acurrucó, y tres minutos después, dijo Longford:

—Ya no hay duda. Nos siguen. Son tres tipos elegantes. Voy a virar y enfrentarles. Mírales bien al pasar.

Giró Longford el volante, para a poca marcha, deshacer el camino en la plaza de Battersea, por la avenida derecha. Pasó por el lado de la *limousine* negra y lujosa, marca «Bentley», que poco después giraba también siguiendo tras el «taxi».

—¿Y bien, Lil?

—No conozco a ninguno de ellos.

—Ni yo.

—Puede que… Maloney enviara a otros, o avisara a algunos amigos suyos, ingleses. Tengo miedo, Compton.

—Ya, pasó… Si fueran «gangsters», hubiesen tenido ocasión de largarnos una ráfaga de plomo, si era eso lo que querían. No, no… Esos tres dandies buscan otra cosa. ¿Qué buscan?

Aceleró la marcha, bajando por el túnel para coches emplazado bajo la calle larguísima de Lambeth y que salía a Kensington.

Y de pronto, dijo:

—Cuando vire y frene, salta de prisa, Lil, con tu maleta. Allá, en aquel viraje hay un aparcamiento de coches con ascensor de salida arriba. Quiero saber si me buscan a mí, a ti, o al coche… ¡Preparada, Lil!

Viró bruscamente el «taxi», metiéndose a la izquierda. Atrás, a

cien metros, los faros de la «Bentley» iluminaban el penumbroso túnel.

En el aparcamiento, saltando a tierra, cogió Longford la diestra de Lilian, asiendo a la vez la maleta, y corrió, casi arrastrándola.

La «Bentley» pasó de largo…

El aparcamiento redondo, daba acceso por tres peldaños a una plataforma semejante a los andenes del metro. Al fondo había un ascensor. Luces indirectas, amarillas, daban reflejos espectrales al «taxi» detenido entre otros dos coches. No había nadie. Era la hora del almuerzo y sobremesa.

Alex Longford abandonó el refugio tras el coche rojizo, a la izquierda y atrás del «taxi».

—Nos hemos ganado el almuerzo, y tenemos una ventaja sobre esos tres. Ya no nos cogen de sorpresa, porque les hemos visto bien, y les reconocería fuese donde fuese…

Subían los peldaños, y ya en la plataforma se dirigían al ascensor, cuando ella, que miraba hacia atrás, gritó:

—¡La «Bentley»!

La «limousine» negra, apagados los faros, venía a detenerse junto al «taxi». Permaneció el del volante sentado. El que estaba a su lado, bajó, así como el de atrás.

Dentro del ascensor, agachado, sosteniendo en la misma postura a Lilian Walton, susurró Longford, que quitándose el sombrero, miraba, por encima de la parte inferior de la cerrada puerta:

—Están muy interesados en inspeccionar el «taxi». Ahí se quedan ellos y el «taxi». Tengo hambre.

Pulsó la palanca, y el ascensor ascendió…

Los tres hombres de la «Bentley» miraron a la vez hacia la caja que iba subiendo…

Uno de ellos exclamó:

—¡Ahí van los dos!

—No podemos darles ya alcance. Pero no importa; ya volverán… y les hemos visto claramente. Ella es una rubia particularmente bonita, y él, con las sienes, blancas, y cara de sinvergüenza, no tiene pérdida. Volverán…

—¿Por qué han de volver?

—Está claro. Han ahorcado a Fisher, y no lo han publicado. Sin embargo, en uno de los «taxis» de Fisher, está la pareja ésta. Y ya sabes lo que replicó por teléfono James, desde Fareham. Que esta mañana, el señor Travers y su esposa, recogieron el «taxi», conversando con el agente Elliot Y si Fisher-Travers ha sido ahorcado, ¿quién sino un agente del contraespionaje puede ser el

que ha ido a recoger el «taxi» número dos?

—¿Para qué?

—Por si picamos. Es casi seguro que el de los cabellos blancos, se hará pasar por amigo de Fisher, que le dió los papeles e instrucciones. ¿Comprendes ahora? Para coger toda la banda… Esperaremos aquí, y cuando vuelva, le saludaremos en alemán… Te apuesto a que inmediatamente el de los cabellos blancos, se hace el sorprendido. Bastará decirle, siempre en alemán, que nos dé noticias de Fisher… Picará, y lo llevaremos a Villa Linkers… Allí, al pozo con los dos.

—Deben… deben saber ya…

—Si lo supieran, estaríamos ya en la Torre. No lo saben. Buscan nuestra pista, y para ello, tantean. Por eso no han publicado la ejecución de Fisher. Casi seguro que el agente de los cabellos blancos, se presentará como emisario de Fisher, con sus papeles. Vamos a comer. Espera aquí, Terry. Y si vienen, aunque lo seguro es que están almorzando, salúdalos en alemán. No fallará, ya que era la contraseña del pobre Fisher y lo sabe ya el «Intelligence».

Muy ajeno a la conversación de los tres componentes de la banda de espionaje de Fisher, Alex Longford estaba con Lilian Walton, inscribiéndose en el registro de un hotel de Kensigton.

Escribía:

«Compton Travers y hermana»…, mientras el empleado tomaba nota del carnet.

Poco después, en las dos habitaciones, con la puerta de comunicación abierta, entre las dos, dijo Longford:

—Encarga que suban dos copiosos almuerzos a tu habitación. Y cuando hayamos reparado las fuerzas, pasaremos al cuarto de baño, para convertirme en un moreno interesante.

Ella no replicó. Pensaba en Anthony Bartling… pero también en que a cada minuto, se acrecentaba su sospecha de que el chófer de «taxi» Compton Travers, ni era chófer de «taxi» ni se llamaba Compton Travers…

CAPÍTULO V
LOS «MUCHACHOS» DEL «LYON'S»

Se miró al espejo en el cuarto de baño, y comprobó que aquel cabello negro, le daba cierta dureza al rostro, y que vestido de paisano, cambiaba mucho más que un ex oficial de cabello castaño.

A su lado, Lilian Walton dijo:

—He de ser contigo tan sincera como lo eres conmigo. Será necedad, pero me parece que ni te llamas Compton Travers ni has sido nunca chófer de «taxi».

—Puede que tengas razón, pero no hemos de discutirlo, Lil. Aquello que ignores nunca puede perjudicarte. Acepta otro consejo: estás fatigada, y te conviene dormir. Esta noche iremos a cenar por ahí, en cualquier sitio, donde elijas. Tu asunto, pendiente con el tal Bart, puede esperar. Dicen los orientales que la venganza es un plato que se come frío, si se le quiere sacar todo su sabor.

A solas, Alex Longford repasó la prensa de la semana. Sólo en el periódico oficial, y en la sección noticias de guerra se notificaba brevemente que «acusado de inteligencia con el enemigo, fue ejecutado en la madrugada de hoy el teniente de Fusileros Reales, Alex Longford.»

Pero había un anuncio que le llamó la atención. Estaba repetido en varios periódicos, bordeado de un recuadro negro, que lo destacaba, y decía:

«TU MAXIMO INTERES TELEFONEAR AL 987-WW. CUANTO ANTES, LIL».

Alex Longford, sacó una libretita, y anotó el número 987-WW. Debajo escribió:

«Muriel Huxley, «Lyon's», Crescent Street, 2h.20 a 3h.l5.»

Eran las dos y quince. Tenía tiempo, y siguió escribiendo:

«Cine Rex, 311.30 a 5h.»

Quería aquella tarde, reproducir paso a paso cuanto hizo la tarde del 7 de enero.

«Drury Lane», ver Rosalind Garden, 5h. a 7h.30.»

Consultó el programa de teatros. Rosalind Garden representaba la comedia «Veneno lento», y la crítica decía que era una de las mejores obras de Kenet Lindsay, que las escribía especialmente para Rosalind Garden.

Cogió el teléfono, y marcó el número de contaduría del teatro.

Solicitó le fuera reservada la butaca número 4 de la fila segunda, que retiraría a las cinco en punto.

Y por último escribió:

«Pigeon», y Elisabeth Mackenzie, del bazar «Turkish».

Guardó la libretita, y volvió a coger el teléfono. Marcó el 987-WW. Al poco oyó una voz femenina:

—…¿Diga?

—…Referente al anuncio. Tengo una amiga, que reside conmigo, y a quien interesa su anuncio. Déjeme hablar… Voy ahora el «Lyon's» de la calle Crescent. Quien sea que tenga interés en esto, bastará que en el establecimiento citado, donde estaré desde las dos y media hasta las tres y cuarto, se dé a conocer, si es mujer, llevando un sobre azul en la mano; si es hombre… pues, que lleve en la mano, enrollada por la portadora, la revista «Crítica». Hasta luego.

Colgó. Antes de irse, penetró en la habitación, donde ya Lilian Walton, medio adormilada, estaba en la cama.

—No salgas para nada, Lil. Vendré a buscarte a las ocho y media. Hasta luego.

Y no supo por qué, se inclinó, y la besó en la frente. ¿Por qué la veía asustada, triste y sin esperanzas?…

En la calle, estaba muy decidido a dejar abandonado el «taxi» de «Compton Travers». Por el momento, no le interesaban complicaciones. Si los de la *limousine* eran agentes del servicio secreto inglés, o espías de la banda del ahorcado, esto por el instante le tenía sin cuidado.

Tenía una convicción, mientras llamando a un «taxi» le dió la dirección del «Lyon's» de Crescent Street. No sabía en qué lo fundaba, pero tenía el convencimiento de que en las siete horas, que ahora, empezaban, surgiría el chispazo, la luz que aclarase aquel misterio de las microfotos.

Rió en el interior del «taxi», porque era graciosa aquella sensación que tenía de ser invulnerable. No llevaba siquiera un mal cortaplumas, y se sentía capaz de enfrentarse con quien fuera.

Al entrar en el «Lyon's», se dirigió a una mesa, opuesta a la que solía ocupar cuando era el teniente Longford. Las camareras iban por entre las mesas, en ristre el lápiz y el block.

La mesa en que se sentaba, pertenecía a la «demarcación» de Muriel Huxley, morena, alta, casi distinguida. Se aproximó y al detenerse junto a la mesa, preguntó:

—¿Le sirvo, señor?

Y súbitamente, mientras aguardaba la respuesta, miró… El lápiz

y el block cayeron sobre la mesa, y con los brazos como atacados de parálisis repentina, Muriel Huxley, desaparecido todo color de labios y mejillas, murmuró:

—Perdone, señor… Le pido mil perdones. Fué tan absurdo…

—¿Y qué es lo absurdo, y qué debo perdonar, señorita?

Ella, se apoyó en la mesa, cómo si al oír la voz masculina, aumentase su íntimo pánico. Por fin dijo:

—Es usted muy parecido a un caballero que solía acudir aquí, hace unos tres meses. Murió, ¿sabe?… esta mañana, y al verle ahora, comprenderá, la emoción…

—Comprendo, comprendo.

—Él tenía el cabello castaño, y el rostro menos anguloso, pero es un parecido tan grande…

—Lo celebro, porqué si el difunto caballero castaño, se me parecía, y era buen amigo suyo, puedo tener esperanzas, de que en cualquier ocasión, charlemos amistosamente. Sírvame crema quemada y bizcochos. Una taza de té fuerte. Gracias.

Ella se fué, y Alex Longford miró en la sala, si había algún comensal con la revista «Crítica» enrollada por la portada, o alguna dama llevando un sobre azul.

Contó trece personas: siete militares, dos muchachas y cuatro paisanos maduros. Regresaba Muriel, que depositó el servicio. Sonreía nerviosamente al decir, mientras colocaba las consumiciones:

—Fué tan curioso, señor… Diría casi que fué trágico, porque yo apreciaba mucho al… difunto señor Longford, pese a que por su culpa, me tuvieron detenida dos días.

—Un bellaco el tal Longford, ¿no?

—¡Oh, no!… Al menos, para mí, no, señor. Era simpático, muy sencillo sin arrogancias. Me llamo Muriel, señor.

—Bien, Muriel. ¿Cuál era el nombre del bellaco Longford?

—Alex.

—Un nombre pretencioso, pero me sirve. Quiero ser Alex, ya que tanto me parezco a él. Llámeme Alex a secas. Vengo de muy lejos, de un lugar donde no existen convencionalismos. Alguna tarde que tenga usted libre, me agradaría charlar tranquilamente recordando al bellaco Alex.

—¡Oh, sí, señor! Tengo libre el viernes.

—Estaré aquí como un clavo, a la hora que me fije.

—Prefiero, señor, que pase a recogerme a las tres por la estación del metro en Picadilly, salida Norte.

—Hecho.

Ella se fué, y Longford comió con apetito, el postre. Miró su reloj, y vió que eran las tres menos cinco. Recorrió la sala, y sonrió complacido.

En un mesa, cercana a donde dos soldados, los «muchachos valientes de permiso», charlaban animadamente, había una mujer, entre cuyos enguantados dedos, un sobre azul iba dando vueltas.

«Más que una mujer, un monumento», pensó Longford, levantándose, después de dejar sobre la mesa, el precio de su consumición.

La mujer del sobre azul era un poco equívoca. Podía ser una muchacha moderna, o una corista discreta. Pelirroja, ojos claros, rostro ancho y sensual, cuerpo modelado sin exageración por un sastre gris, y unas piernas exhibidas generosamente, porque su propietaria no podía ignorar que eran preciosas.

Alex Longford hizo un leve saludo, preguntando:

—¿WW-987?

—Es mi teléfono. Siéntese. Podría ser que la Lil que yo busco no sea su amiga, señor…

—Llámeme Travers. La Lil que usted busca pude ser mi amiga, si es que se llama Walton.

Ella, se sobresaltó levemente, y dijo:

—Es.

—Soy quien representa su máximo interés. Dígame ahora, preciosidad, cuál es el máximo interés de Lil Walton.

—Depende de cuanto sepa usted acerca de Lil.

—Todo.

—Ah… ¿Y sabe ella que la policía la busca activamente?

—Lo sabe. Lo sabemos.

—Recibí un aviso, por conferencia, de un conocido mío, al cual no le interesa que Lil pierda la serenidad. Yo proporcionaré a Lil, los medios de irse de Inglaterra. Le entregaré una cantidad suficiente para asegurar así su porvenir.

—No está mal. Pero se da el caso que ella tiene en mí plena confianza, pero ninguna en quien quiera asegurar su porvenir como lo hizo Rufus Maloney.

Volvió ella a sobresaltarse levemente al decir:

—Es extraño que Lil le haya informado tan íntimamente. A menos… que usted sea un policía.

—¿Usted, qué opina?

—Es pronto para definirlo, Travers. Lo único que sé es que Lil corre peligro, si sigue en Inglaterra. Resulta, y esto lo debe ignorar Lil, que las pruebas demuestran que fué ella quien mató al

«Pecoso», y Rufus Maloney lo que desea es salvarla de presidio. Rufus Maloney fué interrogado y pudo demostrar que no estaba en el cabaret, cuando murió «el Pecoso», y en cambio Lil huyó, y «el Pecoso» fué visto bailando con ella, e irse con ella a los lavabos, donde le hallaron muerto.

—Se lo explicaré así a Lil. Y ella decidirá lo que mejor le convenga.

—No se vaya todavía, Travers. Yo quisiera convencerle a usted de que el mejor interés de Lil, es desaparecer.

—Escuche, Mary: yo tengo un programa esta tarde. Ahora iré al cine «Rex», a ver documentales y dibujos.

—Me llamo Paola Parker, y soy corista del «Zigben». Algo de sangre italiana, y quisiera convencerle a usted.

—Casi estoy convencido a medias, de que es usted un portento. Adiós. Ya vendré a cenar aquí, o a tomar el té.

—Cuidado… Travers. Parece ignorar que corre peligro usted.

—De inflamarme a su lado. Adiós.

Salió Longford, caminando con deleite hacia el cine «Rex». En el salón de té, Paola Parker se levantó, pagó, y después de mirar a los dos «soldados» salió.

Los dos «soldados» pagaron, y también se levantaron.

Alex Longford, en el vestíbulo del «Rex», al recoger en taquilla su localidad, dijo:

—Otra, por favor.

A su lado, Paola Parker susurró:

—No le suelto, Travers.

—Lo cual me encanta. Dijo que corría peligro… También usted, preciosa. Hace tiempo que no voy al cine en tan buena compañía.

Rió ella, pero sin alegría. Iban hacia la entrada, y tendía Longford los billetes, cuando en taquilla, los dos «soldados» adquirían también localidad.

En el interior se iluminaron las luces del entreacto. Habría unas veinte personas, muy desperdigadas.

Longford se sentó en el centro de la fila siete, su número maldecido y favorito. A su lado, Paola Parker susurró:

—¿Cuál es su profesión, Travers?

—Todavía no lo he decidido. Pero pronto se me acabarán los ahorros, y necesitaré ver cuál es mi vocación más arraigada.

A cada extremo de la fila donde sólo estaban ellos dos, se sentó un «soldado». Alex Longford miró a diestro y siniestro de la fila siete.

—Oiga, Paola… Estos dos muchachos estaban tras de su mesa.

Ahora están a los flancos. ¿La siguen a usted? ¿Los ha conquistado?

Ella cruzó las piernas, se cogió del brazo de Longford, y dijo:

—Son dos muchachos que Rufus Maloney ha enviado por avión. Si yo no convenzo a Lil, serían ellos los que la convencerán.

—No está mal. Por lo visto, ahora piensan que ya estoy en el saco.

Las luces se apagaron, y en la pantalla apareció el tecnicolor con el hocico del pato Donald, acompañado de una musiquilla alegre.

El rostro de Paola Parker estaba adherido al de Longford. Parecían dos novios acaramelados.

—Estamos en Londres, Paola. No en Chicago. Si piensan soplarme un par de tiros, se equivocan de pleno.

—No son tan estúpidos. Quieren tan sólo protegerme, y tratar de evitarse un mal trabajo, Travers. Si eres razonable, todos saldremos ganando.

El la enlazó por el talle, aplicando en su mejilla un goloso beso, que salió desviado porque Longford pretendía encontrar los labios.

—Eres un inconsciente, Travers. Comprende que si vas a la policía, lo primero que harán será detenerte por encubrir a Lil. Y cuando salieras, tal vez estos muchachos se sentirían molestos contigo. ¡Quieto, Travers, o… lo lamentarás!

Se apartaba ella, y Longford volvió a juntar las manos, para contemplar las evoluciones del pato Donald, bailando una rumba delante de un gallo enorme que lo suponía una gallina.

A la derecha de Longford, se sentó ahora un «soldado». Dijo entre dientes:

—Ya está bien, amigo. No se pase de listo. Mejor será que venga con nosotros, y puede ganarse algunos billetes.

—También usted, amigo, puede ganarse un puñetazo en plena boca.

—No ataques a un soldado, querido —intervino Paola Parker, asiendo el brazo izquierdo de Longford.

Sisearon para imponer silencio, desde una fila posterior. Alex Longford desistió de poder concentrarse pensando en sus pasos cierta tarde de enero no muy lejana, y que sin embargo parecía antiquísima en el recuerdo.

La realidad presente, es que dos «gangsters» que le habían oído mentar a Lilian Walton, estaban ya decididos a no abandonarle.

¿Formar escándalo? No le convenía. Y era evidente que aquella mujer y sus dos pistoleros, no le soltarían ya. Podía salir y llamar la atención de un guardia, pero entonces al igual que tendría que declarar que aquellos dos, «soldados» eran muchachos de Maloney,

«enviados por avión», también tendría que explicar que Lilian Walton…

Se decidió, murmurando:

—Vamos a discutir nuestras conveniencias en otra parte.

El primer pistolero, se levantó, al hacerlo Longford, a cuyo brazo se asió Paola Parker por el pasillo. Tras ellos, los dos «soldados»…

Y cerca ya del vestíbulo de salida, tuvo la idea repentina, que podía desembarazarle de su escolta. Había algo indiscutible. Los de la «Bentley» habían localizado el «taxi» de Compton Travers.

Sería muy posible, casi infalible, que rondaran el túnel, donde aparcó abandonándolo, el «taxi».

En el vestíbulo, Paola Parker, colgada de su brazo, insinuó:

—Habrás comprendido que es preferible ganar dinero, a perder el físico, Travers. Podemos pedir un «taxi», y nos llevas a visitar a Lil.

—¿Y para qué pedir un «taxi?»? —sonrió Longford—. Soy chófer de «taxi», aunque esta tarde me daba vacaciones. Tengo mi cacharro aparcado en el «sub» de Lambeth y Kensington.

—Si tienes un «taxi», mejor. Tal vez tengas, buenos clientes míos, Travers. Eres feo y me gustas horrores, encanto.

Echó él a andar, seguido por los dos aparentes soldados. Ella explicó:

—Se llaman Bert y Broderick. Bert es el más alto. Buenos chicos, y me obedecen.

—Mejor que se nos coloquen a los lados, para oír.

Ella giró la cabeza, invitando. Los dos pistoleros flanquearon.

—El caso es así: Lil Walton me alquiló el «taxi», y me contó cuanto le pasaba. Yo no le he dicho nada del anuncio. Quise ver de qué se trataba, porque desconfié de ella. Ahora os llevaré a su escondrijo, pero después no me comprometáis.

—Descuida —sonrió el más alto—. Eres listo.

—Es listo —aprobó el otro—. ¿A dónde vamos ahora?

—Es chófer de «taxi», y es natural que le demos trabajo —dijo Paola Parker.

Caminando hacia. Lambeth, Alex Longford meditó. ¿Quiénes eran los de la «Bentley»? ¿Gestapo? ¿Intelligence Service? De todos modos, le iban a ser útiles.

Entraron en el ascensor, donde ya un individuo parecía aguardar. Elegante y pulcro, manejó la palanca hacia abajo.

—Aquél es mi «taxi» —indicó Longford.

Sabía que el que seguía, era uno de los tres de la «Bentley» la cual estaba aparcada junto al «taxi» Susurró por lo bajo Longford,

atrayendo hacia sí a Paola Parker:

—Ojo al coche negro, con dos tipos. Son de la policía, y creo me está siguiendo.

Paola Parker transmitió en voz baja a Broderick y Bert:

—Dos policías que siguen a Travers.

Atrás, el elegante inglés, al servicio de la Gestapo, dijo en alemán:

—¡Bienvenido, mi buen amigo Compton!

Y en alemán, replicó Longford:

—¡Duro con estos dos, que me tienen cogido!

Los pistoleros americanos reaccionaron con prontitud, al ver que a las dos guturales frases, surgían de la «Bentley» dos individuos. Sacaron automáticas con silenciador…

Alex Longford, asiendo por los codos a Paola Parker, la empujó desde atrás hacia el «taxi», parapetándose, y sujetándola.

Resonaron dos chasquidos… El elegante que había seguido al cuarteto, asestaba diestros golpes con su bastón, sobre las dos muñecas armadas. A la vez, los otros dos, abalanzándose, agarraban por el cuello a los pistoleros.

El elegante repitió el bastonazo, esta vez en las nucas. Alex Longford, en alemán, y surgiendo de detrás del «taxi», sin soltar a la corista apremió:

—¡Llevadlos pronto, antes de que venga gente! Esta noche, a la hora que me digáis, donde queráis. Tengo grandes noticias que comunicar.

Los dos de la «Bentley», se llevaban a los aturdidos pistoleros, al interior del coche. El elegante del bastón, se aproximó. Y su sonrisa y su voz eran amables, al decir:

—¿Quiénes son estos dos, mi buen amigo Compton?

—Pistoleros americanos. Te explicaré esta noche. Tengo quehacer. ¿A qué hora y dónde?

—A las diez, en Villa Linkers. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

El elegante, dando molinetes con el bastón, entró en la «Bentley», que arrancando viró, marchándose. Soltó Longford a la que, estremecida, murmuró:

—¡Maldito traidor!

—¿Traidor a quién, hermosa?

—Hablabas en alemán. Eres… un cochino espía.

—¡Diablos! Ya me has descubierto. Sube al «taxi», Paola mía. Me vas a acompañar, y te juro que si eres imprudente, vas al hoyo. Pero si eres lista, cobrarás dinero abundante.

La fría decisión risueña de los ojos pardos, convenció a la corista. Se instaló en el asiento delantero, junto al volante, mirando al que con la diestra en el bolsillo, tenía rígido el dedo índice levantando la tela de un modo amenazador.

—Cuidado, Paola. No seas necia, y nada te pasará, si me sigues dócilmente hasta mi habitación. Discutiremos como posibles aliados. Tú puedes ser útil… ¿a qué convertirte en un romántico cadáver inútil?

Puso el coche en marcha, y ella se arrellanó, pensando que la última batalla la ganaba siempre la mujer.

—Seré dócil, pero ahora Rufus…

—¡Bah! Rufus es un grano de arena en nuestro sendero, Paola. Tú eres muy hermosa, y necesito una mujer de tus talentos visibles y ocultos, mi habitación está cerca.

El «taxi» quedó detenido en un aparcamiento lejano al hotel, y al descender, fué ahora Longford quien cogió amorosamente del brazo a la corista.

Anduvieron en silencio, hasta llegar ante la puerta de la habitación ocupada por Alex Longford.

—Entremos, y hablaremos a gusto, Paola.

Dentro, señaló él un sillón, junto a la puerta de comunicación, en la que se adosó, entreabriéndola, y dijo en voz alta:

—Estoy dispuesto a hacer un intercambio, Paola, si vale la pena. Ya los dos pistoleros de Rufus Maloney, dependen de mis amigos, que esperan mi decisión. Hay negocio para ellos y para Rufus, si me quieres ayudar.

—Quiero, y aceptará Rufus. Ha cambiado de aires, y cree que hay dinero por aquí.

—Mejor que mejor. Y ahora, ¿qué hacemos con Lil?

—Dime dónde está. Voy a buscarla… y la llevaré a un lugar, donde espera Rufus.

—De acuerdo.

Y de pronto, se abalanzó Longford, para sujetar las manos de Paola Parker a la vez que llamaba:

—¡Lil! Tienes visita. Una gran amiga tuya… y de Rufus Maloney. Trae un buen trapo para tapar la boca a tu amiga.

Se debatía ella, y surgió Lilian Walton a tiempo para aplicar sobre la boca de Paola Parker una bufanda. En unos instantes, Longford reunió las dos muñecas con el propio cinto de la corista.

—Oíste lo dicho, Lil. No desfigures ni hagas dañó visible a esta dulce criatura. Trata de averiguar dónde está Rufus, agazapado en cualquier rincón de Londres, o sus afueras. Me esperarás a las ocho

y media. No saldrá ella. Y sonsaca suavemente, ¿sabes? Átale los tobillos… Con delicadeza. Que hable… Ella y dos pistoleros, querían recogerte para entregarte a Rufus. No hagas mucho daño a Paola Parker, Lil. Me mira con un odio feroz, porque por dos veces le he causado una desilusión. Me supone un espía alemán, un chófer que te va a vender, ¡yo qué sé! En fin, queridas, que os divirtáis, pero sin escándalos, amistosamente. Muy en privado. Hasta luego, Lil.

Salió Alex Longford, encaminándose a pie hacia el «Drury Lane». Se acercaba el momento inefable en que volvería a ver a Rosalind Garden, ocupando la misma butaca de aquella tarde de un 7 de enero.

Mientras recogía la localidad número 4 de la fila segunda, pensó en los que aquella tarde, habían sido sus vecinos. Un novio entusiasmado a su derecha, butaca 6, y un individuo de rostro afilado y aspecto de aburrido, a su izquierda…

CAPÍTULO VI
EL VECINO DE LA DERECHA

Un individuo de rostro afilado y aires de sincero aburrimiento, contempló el aspecto de la sala de butacas, atisbando por la mirilla del cruce de los dos volantes de telón.

Eran las cinco menos un minuto, y el que estaba Observando, se sintió satisfecho. Casi lleno, lo cual le aseguraba un nuevo ingreso importante en sus derechos de autor.

Kenet Lindsay dejó de mirar, dirigiéndose al foro lateral. En el escenario, un partiquino empuñaba ya el plumero, para empezar a actuar apenas se descorriera el telón, fingiendo limpiar de polvo aquel suntuoso despacho.

Se encaminó a la butaca número 2, la primera de la fila segunda, a la derecha, junto al mismo pasillo. Era la reservada al autor, y a diario Kenet Lindsay, se sentaba, porque era además de halagador muy útil para su oficio de comediógrafo.

Así, en medio del público, asimilaba qué escenas tenían más aceptación, cuales había que suprimir, y veía los defectos en la actuación.

Su sexta comedia «Veneno Lento» había merecido unánime aprobación de la crítica. Kenet Lindsay se complacía viendo representar a Rosalind Garden. Era en verdad una de las mejores actrices en el género levemente sentimental.

Hasta entonces, Kenet Lindsay no había mirado una sola vez a su derecha. Apreciaba la actitud tensa de aquel espectador de negros cabellos y sin verlo, comprendía que estaba íntimamente entusiasmado. Un homenaje más a su pluma…

Y súbitamente, Kenet Lindsay sacó de su bolsillo superior el pañuelo de fino hilo color hueso. Lo pasó repetidamente por sus labios, para que ocultara el temblor que en ellos había suscitado de pronto el choque emotivo al mirar a su vecino de butaca.

El resto del primer acto, Kenet Lindsay permaneció sumido en honda zozobra. Era en exceso sensitivo, demasiado imaginativo… Era indudable que aquel paisano de la butaca 4 de la segunda fila, no podía ser el oficial fusilado aquella misma mañana…

Se levantó en el entreacto, dominando sus temblores, porque tras sus pasos, caminaba el espectador de la butaca número 4.

Llegaron ambos al *foyer*, donde los espejos reproducían las rojas

telas de los sillones, las molduras doradas, el artesonado del techo y la rutilación en botillería del bar moderno. Se acodó a la barra y pidió un doble de «whisky», que apuró a lentos sorbos.

El entreacto duraba diez minutos. Se dirigió a los camerinos, y preguntó a un traspunte:

—¿El señor Garden?

—En la salita de juego, señor Lindsay.

Al fondo del sótano reservado para actores y personal, había una sala, donde el poker reinaba. Alvin Garden, hermano de la actriz, era un asiduo jugador, no muy afortunado.

Se rumoreaba que sus grandes pérdidas las pagaba, Rosalind. Pero el autor Kenet Lindsay hubiera podido explicar «quién» pagaba la vida cómoda de Alvin Garden.

—Alvin, tengo que hablarte ahora mismo. Es urgente.

El aludido iba a objetar que la partida le interesaba más, pero algo indefinible en la expresión del cínico Lindsay, le intrigó. Salió tras él, hasta que penetraron en el despacho para uso personal de Lindsay, quien cerró la puerta, y vino a sentarse al otro extremo, desde donde nadie podría oírles.

—Escucha, Alvin, yo sé que algunos me tienen por medio demente.

—Eso os ocurre a los genios.

—Bien sabes que el genio no es más que una cualidad que resalta a base de un trabajo constante, pero no es el momento de hacer frases más o menos causticas o seudo intelectuales. ¿Recuerdas el asunto Longford?

Pestañeó Alvin Garden, encendiendo un cigarrillo. Contestó:

—Esta mañana, lo han fusilado, y ayer solicitó ver a mi hermana.

—¿Te extrañó su petición?

—No, porque al parecer estaba enamorado sublimemente de Rosalind. Uno de esos amores platónicos…

—¿Y si yo te dijera que Longford está en la sala?

—Por favor, Kenet… si te propones explicarme un argumento original para una futura comedia, te diré que los espíritus están ya muy gastados.

—Longford está en la sala.

—Esta madrugada, además de ser fusilado y rematado con el clásico tiro de gracia, fué quemado. Y lo testifican un pelotón de soldados, el oficial que los mandaba, el juez, el comandante de la fortaleza, y los suboficiales incineradores.

—Ven.

Poco después, mientras en el escenario se desarrollaba el segundo acto, Alvin Garden desde un palco, contemplaba al hombre que extasiado vivía pendiente del menor gesto de Rosalind Garden.

Estuvo mirándole unos minutos, y pasó al corredor desierto, donde esperaba Kenet Lindsay.

—Este hombre es moreno, y aunque tiene algún rasgo parecido, no es Longford. ¡No es Longford!

—Me he enterado en taquilla. La butaca 4 de fila segunda, la misma reservada martes, viernes y sábado para el teniente Longford, ha sido la que este individuo ha solicitado. Y existe algo indiscutible… Yo vi al teniente Longford ensimismado en su adoración de espectador hacía Rosalind. Era una expresión evidente para un psicólogo. Longford la adoraba místicamente… ¡con los mismos ojos pardos de este individuo moreno que ahora, en la butaca 4 de la fila segunda, adora místicamente a Rosalind! Y esto no engaña…

—¡Dios! Cuídate, Kenet. Existe el testimonio de una docena de probos militares, contra tu evidencia psicológica… Coincidencias, y tu imaginación enfermiza, de la cual comes bien, pero que no debes permitir te extravíe. Atiéndeme bien, Kenet…

Y el frívolo Alvin Garden, fué de pronto un duro y autoritario jefe que exigió:

—Tu sensibilidad es absurda. ¿Supones, acaso, que la víctima viene a sentarse junto a su verdugo? La butaca 6 es la mía… Es decir, lo fué aquella tarde del 7 de enero, en que nos fué comunicado que el oficial Longford llevaba un documento que no había entregado. Tú y yo, recibimos también el doble «Leikon»… y nos ganamos diez mil libras. Nos pagaron bien, y tú accediste a mi demanda, porque aspiras a tener un palacete en la Costa Azul, cuando la guerra termine, y un yate. Nadie nos puede acusar de espionaje. Te exijo pues, que conserves la calma, y no veas fantasmas.

—Tu hermana no sabe nada. Puedes desvanecer mi aprensión, Alvin. Busca el medio de que éste… de la butaca 4, se enfrente con Rosalind, estando yo presente. Y así saldré de dudas.

—Pero, ¡no seas imbécil, Kenet! —y Garden zarandeó por las solapas al comediógrafo.

—Suelta, Alvin. Nada se soluciona con violencias entre tú y yo. Estás nervioso tú mismo.

—Es que has logrado sacarme de quicio con esa cara de miedo. Sea… En el tercer acto, siéntate en tu butaca. Ya sé dónde vas a parar… Piensas que el Servicio Secreto simuló el fusilamiento, y

que Longford es el tipo ese, que sospechando de nosotros dos viene a… ¿a qué?… Sólo perdiendo los nervios, podrías delatarte.

—No los perderé, Alvin, pero salgamos de dudas. Y Rosalind nos ayudará inconscientemente. Ella vió a Longford en su celda, casi en capilla… Ella verá a este hombre… Si es Longford… no hay duda: ¡Sospechan de alguien en el teatro!

—Vamos a razonar como acostumbras, Kenet. Fría y cínicamente. Obtuvimos las microfotos, por un procedimiento que el servicio inglés, ignora. La cámara «Leikon» que me facilitó quien nos pagó, es un secreto alemán. Sus radiografías especiales, superpuestas, sólo revelan la tinta sobre papel de ferroprusiato en que dibujó y anotó sus fórmulas el inventor artillero. Tú en el primer acto, sacaste veinte microfotos, sin que Longford pudiera ni siquiera imaginarlo. En el segundo acto, yo era el novio entusiasmado, mientras en mi costado, bajo la americana, la «Leikon» sacaba otras veinte microfotos laterales, opuestas a las tuyas. ¿Quién, aparte tú, yo y el servicio alemán, sabe que la «Leikon» elimina en su emulsión carne y huesos, y plasma sólo lo escrito sobre ferroprusiato? No hubo ni que rozar al oficial Longford. Bastaba que estuviera inmóvil, como lo estaba cuando, simplemente con el sobaco, dábamos presión al botón que ponía en marcha el carrete de la «Leikon». Sublime invento, Kenet. Acudieron a mí, porque siguiendo los pasos de Longford, y no deseando violencias, les bastaba con la «Leikon», manejada por alguien seguro. Yo… que acudí a ti, ofreciéndote cinco mil libras, porque sabía que tu única patria es la cuenta corriente, como me pasa a mí. ¿Y ahora, qué? Basta que un individuo vulgar, porque el rostro de Longford, nada tenía de particular, ocupe por casualidad su butaca la misma tarde de su ejecución, para que te eches a temblar.

—No tiemblo ya. Me pasó la impresión. Trato de demostrarte que es preferible salgamos de dudas, ¿no?

—Bien. Está terminando el segundo acto. Vuelve al *foyer*. Te será fácil entablar conocimiento con tu vecino de butaca. Está tu foto de perfil, tu aristocrático perfil, en los programas de mano. A lo mejor, ese individuo, se siente halagado si le diriges la palabra.

Ambos se dirigían hacia los bastidores. Cuando llegaban al corredor de camerinos, un tramoyista se les acercó.

—La señorita Garden ruega que la vean sin falta al terminar este acto.

En escena, Rosalind Garden, debía a sus dotes de excelente actriz, no exteriorizar su inquietud. Una inquietud irrazonable, y

por esta misma causa, difícil de dominar.

Aquel espectador de la segunda fila, butaca 4… la miraba con la fervorosa adoración con que a las dos de aquella madrugada, un oficial a punto de ser fusilado, le decía en su celda, incoherencias hondamente sentidas.

Terminado el segundo acto, y al correrse definitivamente el telón, ella apresuradamente se dirigió a su camerino, del que hizo salir a su asistenta, para enfrentarse con su hermano y Kenet Lindsay.

—Kenet… ¿Has visto al espectador que estaba a tu lado, en el primer acto?

—Sí. Le vi, porque te admiraba con éxtasis —contestó, sonriendo, el autor.

—¡Es… exacto al oficial que esta madrugada pidió mi autógrafo, Alvin! Aquél tenía los cabelles castaños, pero la mirada es la misma.

—Una coincidencia, Rosalind —dijo su hermano—. El oficial fue fusilado esta madrugada.

—Yo… quisiera oírle, Alvin. Quiero verle de cerca.

—Es fácil, ¿no, Kenet? Atenderemos al capricho de Rosalind.

—No es capricho, Alvin. He estado todo el día, impresionada pensando en Alex Longford, un hombre que al ir a morir, sólo desea verme, y ahora… este espectador…

—En efecto, si como dices se le parece tanto, es natural que te impresione. Pero recuerda que en la existencia más normal, el azar juega un papel preponderante. La tesis de mis comedias, Rosalind. Al terminar tu actuación, estaré con este espectador, en tu camerino. Sabré componérmelas.

Alex Longford pidió permiso para acomodarse, poco antes de empezar el tercer acto. Kenet Lindsay se levantó, y al estar ya sentado de nuevo, miró a su vecino de butaca.

—Muy agradecido, señor —dijo, con una sonrisa que pretendió hacer irónica, muy «a lo Kenet Lindsay».

Longford sonrió también, replicando:

—Ignoro por qué le merezco gratitud.

—Soy Kenet Lindsay.

—¡Diantres! El autor de las comedias de Rosalind Garden. Celebro conocerle, y por cierto, ya sé por qué al verle me parecía usted un viejo conocido. Se debe a que su foto está por Prensa y programas.

—Me complace verle tan absorto en su atención sobre el escenario. Es un homenaje a mi obra.

—En parte, sí. Aunque confieso que es homenaje también a la

primera dama joven del teatro.

—Le halagaría a Rosalind oírselo decir. Puedo presentarle a ella.

—Soy yo ahora el agradecido.

Enmudecieron los dos, porque el telón abriéndose mostraba el decorado de una alcoba femenina. Un tercer acto que la crítica encontró algo equívoco. Kenet Lindsay parecía dormitar, mientras Longford adquiría, de pronto un convencimiento.

Era indiscutible que de vez en cuando Rosalind Garden le miraba, y que en Kenet Lindsay había un reprimido nerviosismo. Aquel perfil aristócrata, decadente… a su izquierda, le acompañó cada martes, viernes y sábado.

A su derecha había ahora un nuevo espectador, en quien no se fijó, porque no estuvo en los primeros actos. Y era el «novio entusiasmado» de la tarde del 7 de enero, que sostenía entre las suyas las manos de una joven.

Había claros en las filas de butacas. ¿Por qué ahora estaba precisamente entre los dos vecinos que tuvo aquella fatídica tarde?

En la escena, replicaba Rosalind Garden:

—…«No es amor, William. No lo es… Es terquedad de coleccionista… Soy la única mujer a la que nos has vencido.»

—…«¿Vencer? No quiero tus besos, sino una limosna que…»

No oyó Longford el resto de la réplica que suscitó risas, porque estaba ahora meditando sus dos vecinos le acechaban disimuladamente. ¿Por qué? ¿Porque recordaban al teniente Longford?… ¿Porque temían algo?…

Terminaba el tercer acto, y la sala, aplaudió mientras saludaba Rosalind Garden, asida de manos con el primer actor y la dama característica.

Se encendieron las luces. Kenet Lindsay comentó.

—¿Le ha gustado, señor…?

—Compton Travers —se presentó Longford.

Alvin Garden se sobresaltó visiblemente. Dijo Lindsay:

—Permítame presentarle a Alvin Garden, hermano de la mejor actriz europea, lo cual es decir mundial.

—Tanto gusto —dijo Longford mirando a Garden, que sonreía brillantes los ojos.

—Dejemos desfilar al público, Travers. Resulta que Rosalind desea conocerle, y conste que mi hermana no tiene nada de caprichosa. Pero parece ser que le recuerda usted a alguien. Eso me dijo. Tenemos la costumbre de tomar un aperitivo en su camerino, mientras disponen la cena. Es costumbre cómoda. Nos evitamos así interrumpir la cena, si hay alarma. Los sótanos del teatro, son el

mejor refugio. ¿Acepta el aperitivo, Travers?

—Encantado.

—Acompaña a Travers, Kenet. Yo tengo que recoger a mi prometida, y antes de media hora, estaré con vosotros.

Alex Longford siguió a Lindsay. Alvin Garden salió para subir a su dos plazas, que puso en marcha, hacia «Villa Linkers», carretera de Richmond.

¿Qué misterio había en aquel parecido con Alex Longford, que decía llamarse Compton Travers, una de las personalidades de Fisher, el ahorcado espía? ¿Por qué…? Dejó de escarbarse los sesos. Allá en «Villa Linkers» estaba quien podía contestar a estas interrogantes, porque para eso era el jefe de todos los componentes de la ramificación inglesa, de la Gestapo.

CAPÍTULO VII
LA HORA OCTAVA

Rosalind Garden, tras el triple biombo, se estaba cambiando de ropas. Sobresalía su cabeza, mientras la asistenta recogía y entregaba prendas. Llamaron a la puerta: cinco toques rápidos, brevemente espaciados.

—Es el señor Lindsay. Abra y retírese. Hasta las diez.

La asistenta abrió, y saludando, marchóse apenas hubieron entrado los dos hombres. De espaldas, sólo veíanse los cabellos de la actriz.

—He invitado a tomar el aperitivo al señor Compton Travers, Rosalind. El espectador de la fila segunda, butaca 4.

—Encantada, señor Travers —y apareció ella, sonriendo, acercándose y tendiendo su diestra.

Longford era por completo dueño de sí. No debía mirar a la actriz con aquel absurdo apasionamiento místico.

—Me honro en saludarla, señorita Garden. Al parecer, hay algo en mí que le ha chocado, según me ha dicho su hermano.

—Siéntese, por favor. Kenet, prepara tu combinado especial. ¿Reside en Londres, señor Travers?

—No. En la costa Sur. Pero soy su admirador más ferviente.

—Es curioso… Tiene usted hasta la voz… y es imposible, imposible. Figúrese que en la misma butaca que ha ocupado esta tarde, acostumbraba a sentarse varios días por semana…

—Martes, viernes y sábado —puntualizó Lindsay, ofreciendo una copa a la actriz y otra a Longford.

—Los martes, viernes y sábados, un oficial llamado Alex Longford, cuyo parecido con usted era asombroso.

—Excelente —aprobó Longford, tras beber el combinado—. Es usted un campeón, señor Lindsay.

—Seamos llanos, Travers. Somos gente de teatro.

—¿Somos?

—Usted, como espectador que entiende de arte. El caso es que yo estoy siempre en la sala. Y es cierto lo que dice Rosalind. Usted, salvo los cabellos, es la viva imagen del oficial que ha sido fusilado esta madrugada por espionaje.

Alex Longford volvió a beber, apurando el resto, y depositando la copa sobre la mesa, rió jovialmente.

—Puede aprovechar el asunto para una comedia con ribetes de tragedia, Lindsay. Pero está muy explotado el asunto de los parecidos entre seres humanos.

Rosalind Garden susurró:

—No, Kenet, no… Ahora sé que Travers no es… bueno, suena a absurdo, pero es así… El oficial Longford me miraba de otro modo. Lo que pasó fue que en la sala a media luz, usted, Través, era exactamente el oficial Longford de paisano, que alguna vez así vino al teatro. Me fijé en él, sin saber quién era… Las actrices agradecemos los espectadores atentos, y les llamamos por su número de butaca y fila. O sea, que por ejemplo, usted era el cuatro-dos… bueno, quiero decir que Longford, era el cuatro-dos.

—Y ahora soy su sucesor.

Kenet Lindsay sonrió nerviosamente, y pasándose las manos por el cabello claro, dijo:

—Vuelvo dentro de un instante. Excúseme.

Al quedar a solas con la actriz, Longford rió con vulgaridad:

—Gente rara la de teatro. El mismo Kenet Lindsay, se me antoja que tiene más nervios que un caballo de carreras.

—Comprenda que resulta impresionante verle… en el mismo sitio que el oficial fusilado la misma tarde de la ejecución. Fui a verle, a las dos de la madrugada. Me pidió un autógrafo.

—Estaría muy mal de la cabeza, el tal oficial.

—Sí… Pero fué muy emocionante, muy… ¿cómo diría?… superhumano. Era un hombre que iba a morir… y pedía verme. Dijo cosas sublimes que no recuerdo, pero que ahora mismo suenan a mis oídos como poesía fuera de lo terrenal…

Agudos tintineos, precedieron en segundos, al lúgubre pitido de sirenas. Londres daba su angustiosa queja, porque los haces de focos acababan de barrer el cielo, para encontrar las aves de muerte, que estaban, ya cruzando, algún punto de la costa.

—Tengo mi refugio particular —dijo ella, levantándose—. Por aquí, haga el favor.

Abrió una puerta al fondo de su camerino, y empezó a descender unas escaleras, a cuyo término, bajo unas bóvedas, había un tresillo, un aparato de radio, y una mesita con naipes.

—Es mi refugio y sirve para Kenet y mi hermano, también. ¿Dónde estará Alvin?

—Dijo que iba a buscar a su prometida. Este escenario es impresionante, Rosalind… Es un lugar… donde todo inspira el deseo de exprimirse el alma.

Rosalind Garden que iba a girar el conmutador de la radio, se

puso rígida, tensa, dando media vuelta lentamente, como horrorizada…

Alex Longford barajaba los naipes, sentado, sin mirarla. Ella musitó:

—¡Santo Cielo! ¿Qué acaba usted de decir, Travers?

—He dicho que este lugar serviría maravillosamente como escenario de cualquier acto trágico.

—No… Dijo además que le inspiraba… le inspiraba…

—El deseo de exprimir el alma.

Ella se llevó la diestra a la frente, apoyándose con fuerza contra el mueble soporte de la radio. Susurró:

—Es… ¡lo mismo que dijo esta madrugada el teniente Longford! Lo recuerdo perfectamente, porque me chocó que comparara el alma con un limón o una naranja. A nadie le había oído esta expresión… y usted ahora acaba de repetir aquella frase de Longford.

—Por lo visto, el oficial fusilado no se contentaba con parecérseme físicamente, sino que me está transmitiendo sus frases. ¿Era su novio el oficial?

—No…

—¿Puede ser que el alma del oficial espía… aliente dentro de mí? Esto nos lo aclararía Lindsay.

Kent Lindsay apareció demudado. Había estado escuchando. Por unos instantes, los tres permanecieron silenciosos…

Lejanos, retumbaban los disparos de los antiaéreos, y algún que otro estampido mayor, denotando que los aviones alemanes estaban bombardeando.

—Me horripila esta sinfonía de muerte y destrucción, Cada vez que bombardean pierdo el control, y tengo que beber más de la cuenta.

—Usted no creerá en espiritismo, ¿verdad? —dijo Longford, mientras el comediógrafo abría el soporte de la radio y sacaba frasco y vasos.

—Creo en que nadie sabe nada acerca de almas y espíritus, Travers. ¿Por qué?

—Al parecer, acabo de decir una frase que esta misma madrugada ha dicho el tal Longford. ¿Transmutación de almas?

—¿Quién puede saberlo, amigo mío? ¿Te sirvo, Rosalind?

—No. Yo digo… ¡que usted es Longford! —y casi histérica, ella apuntó con el índice hacia Longford.

—Calma, Rosalind, calma —recomendó, sudoroso, Lindsay—. Longford ha sido fusilado a las seis y un minuto, aproximadamente,

esta madrugada. Y ahora estamos en la hora octava, la del amanecer que entra en la noche. Excúsenos, Travers…

—Les comprendo. El «cuatro-dos» les impresiona. Lo siento, señorita Garden.

—Me llamó antes Rosalind, simplemente, como «él». ¡Kenet! ¿Por qué estás tan nervioso?

—Me contagias, querida. Tienes el semblante horrorizado.

Sonó ahora un timbre sordo. La alarma, había cesado. Ella dijo:

—Voy arriba, y vuelvo.

Solos, volvieron a sentarse, cuando ella hubo desaparecido, Kenet Lindsay dijo:

—Muchas coincidencias, Travers. Se parece, ocupa la misma butaca, habla como él…

—Las coincidencias son la base de sus comedias, ya que usted pretende en todas ellas, que el Azar rige la existencia humana.

—Hable claro, Travers. ¿Qué se propone?

Alex Longford se encogió de hombros. Más nervioso aun, Lindsay se sirvió otro medio vaso de *whisky*, que apuró ansiosamente.

—Bebe usted como una esponja, Lindsay. ¿Qué quiere ahogar?

—¿Qué… qué quiero ahogar?

—¿Penas de amor, remordimientos…? Eso es… ¡Remordimientos!

Desquiciados los nervios, Kenet Lindsay se cubrió el rostro con las manos, murmurando por entre los dedos:

—¡Acabe de atormentarme… Longford!… ¡Yo… fui solamente un instrumento!…

Alex Longford engarfió las manos alrededor de los brazos del sillón. Cerró los ojos, para preguntar:

—¿Quién le ordenó ser instrumento?

—Alvin. Fué Alvin.

—Serénese, porque tiembla usted como gelatina asquerosa. Cierre ya la boca, y nada hemos dicho. Incrústese en la cabeza, que soy Compton Travers. A usted nada le pasará, Lindsay; nada. Pero reanímese… y responda solamente a esto: ¿También ella andaba en ello?

—No. Ella lo ignora todo, Longford.

—¡Travers! Soy Travers. El oficial Longford está muerto, incinerado. Hay doce testigos. Soy Compton Travers. Beba un sorbo, y jugaremos unas manos, esperando a Alvin Garden.

Deprimido, Kent Lindsay tardó en mirar rectamente al que estaba barajando frente a él. Murmuró:

—Me mataría él, si supiera que le he delatado.

—Ignoro de qué me habla, Lindsay. Ahora, silencio, y a barajar, le voy a ganar cien libras esterlinas, ¿se da cuenta? Cien libras… Y en silencio.

—¿Pretende enloquecerme?

—Pretendo ganar cien libras. Adelante, y como buenos jugadores, silencio.

Recogió Lindsay las cinco cartas, que ni siquiera miró. Longford descartó tres.

—¿Cuantas quiere, Lindsay?

—¡Acabemos ya!…

Y al borde del ataque, el comediógrafo se abalanzó sobre Longford, el cuál se limitó a alzar una pierna, aplicando la suela en el estómago del que, inclinándose, pretendía asirle por el cuello.

Cayó Lindsay arrodillado, y fué entonces la rótula derecha de Longford la que chocó contra la mandíbula de Lindsay, que se desplomó hacia atrás, desvanecido y se estremeció con sobresalto en el suelo.

De la cartera que había dejado sobre la mesa, extrajo Longford diez billetes de diez libras. Se encaminó hacia las escaleras, y subiéndolas, llegó al camerino, donde Rosalind Garden, fumaba, incesantemente.

—Lo siento, señorita Garden. El señor Lindsay se empeñó en creerme Longford, y quiso estrangularme. Tuve que darle un par de golpes amistosos. Es un histérico.

—¿Quiere cenar con nosotros, Travers? No tardará en venir mi hermano.

—Gracias. Iré ahora a tomar mi aperitivo en cierto bar… ¿A qué hora vuelvo?

—A las… nueve.

—Como un clavo. A sus pies.

Salió Longford del camerino. Tenía, que poner orden a sus pensamientos. Habían sido pues, Kenet Lindsay y Alvin Garden, sus dos vecinos de butaca, los que sacaron las microfotos. ¿Cómo? Ya se sabría…

Lo esencial es que ella nada tenía que ver, y era sincero en su abyecto terror Kenet Lindsay. Podía ser que al recuperarse, explicara a Alvin Garden… No. No lo diría.

Salió y en la calle, divisó al final, el resplandor de un incendio. Se encaminó hacia Kensigton. Había quedado en recoger a Lilian Walton a las ocho y media, y eran ya las nueve menos cuarto.

Mientras… en su ausencia, ¿qué había dicho Paola Parker? ¿Qué

medio empleó Lilian Walton para hacerla hablar?

Un automóvil, dos plazas, le rozó con el guardabarros, frenando.

—¡Eh, Travers! —le llamaron.

Vió en el encuadre de la ventanilla del volante a Alvin Garden, invitándole amablemente.

—¿A dónde va Travers?

—Quedé en cenar con ustedes a las nueve.

—Faltan diez minutos. ¿A dónde iba?

—A tomar una copa. Luego nos veremos, Garden.

Arqueadas las cejas, quedó Longford un instante pensativo. «Me llevaste al poste de ejecución, canalla»… pensó.

—Suba, Travers.

—Baje, Garden.

—¿Qué quiere decir?

—Que el bar a donde voy ésta a la esquina. El «Pigeon». Aparque el coche, y allí le espero.

Arrancó Garden, y Longford atravesó la calle, metiéndose en un «taxi». Llevaba las riendas. Sabía ya lo más importante. Ahora, deseaba saber las novedades ocurridas en su ausencia allá en las dos habitaciones comunicantes, entre las cinco y las nueve menos cuarto.

Señaló al chofer la dirección de unas cabinas telefónicas públicas, instaladas en la calle. Penetró en una de ellas, marcando el número del mostrador del «Pigeon», cuyo *barman* se llamaba Adams.

—Oiga, Adams.

—Yo mismo, señor. ¿Desea?

—Irá ahí o estará ya: en el bar el señor Alvin Garden. Díganle que no tardaré mucho. Que me espere.

—Bien, señor.

Colgó, y buscó en el listín el número del coronel que había sido su juez. Una voz femenina replico a su llamada:

—¿Diga?

—El coronel, por favor.

—Está cenando.

—Es urgente.

Aguardó unos instantes, y oyó la ronca y seca voz.

—Coronel Mulberry, al habla.

—Los dos vecinos de butaca del teniente Longford, fusilado esta mañana, se llaman Kenet Lindsay y Alvin Garden, respectivamente. Eran los vecinos del teniente Longford la tarde del 7 de enero, en el teatro «Drury Lane».

—¡Oiga, oiga! ¿Usted, quién es? Lo que me comunica es…

—De la máxima importancia. Soy un arrepentido cómplice de determinada banda traidora. Voy a huir. Pero ahora, recoja usted el fruto de mi trabajo. Kenet Lindsay se encuentra en estado propicio, histérico y gelatinoso. Pretenderá huir, dentro de poco. Fué instrumento de Alvin Garden, que se halla en el «Pigeon», aguardando al fantasma, del teniente Longford.

—Está usted bebido, señor. Y juzgo estúpida esta broma acerca de un ejecutado.

—Ellos dos fueron vecinos de Longford, y obtuvieron las microfotos, sin saberlo el difuntísimo Longford. Bastará con hacer vigilar a Lindsay, en su huida, y luego cazar a Garden. Por cierto, que la hermana de Garden, no tiene la menor idea de todo esto.

—¡Oiga, oiga!…

Colgó Longford. Volvió a marcar un número, el del teatro. Pidió;

—Urgente mensaje para el señor Lindsay. Que se ponga al aparato.

Pasaron dos minutos, y por fin, la voz de Lindsay inquirió:

—¿Quién?

—Huye, amigo; huye. El «Servicio Secreto» te busca, pero aun estás a tiempo de huir. Tu jefe Garden está en el «Pigeon». Te facilitará la huida. Huye, Lindsay, porque en esta hora octava, te juegas el porvenir.

Oyó un gemido y colgó. Bastaba. Ya era asunto entre Lindsay, Garden, y el coronel Mulberry.

Aquella hora octava, tan cursilmente anunciada por el autor, iba a ser la primera verdaderamente trágica de su existencia.

Entró en el «taxi» dándole la dirección del hotel de Kensigton. Se arrellanó, cómodamente. Era indudable que la guerra se decidiría en todos los terrenos.

Si Garden y Lindsay hubiesen operado como hombres, les correspondía morir como tales, en ataque frontal. Pero dos hombres que le habían condenado a larga agonía furiosa, debían agonizar sudorosos…

Y era una agonía, sudorosa la que bañaba la pechera de camisa de Kenet Lindsay cuando, titubeando, colgó el teléfono, y como un sonámbulo se encaminó hacía la salida.

Estaba perdido, y tenía que huir. Era Garden el que podía darle la huida, porque él era quien estaba en contacto con elementos de la ramificación del espionaje alemán.

Entró en el «Pigeon», y al acercarse al mostrador, le cortó el paso Alvin Garden, cogiéndole del brazo.

—Estás blanco como un muerto, Kenet. ¿Borracho?

Se cogió Lindsay la hinchada mandíbula, susurrando:

—Hemos de huir, Alvin. Estamos descubiertos. Tenemos que huir.

—Toma un doble de *whisky*, Kenet. Estás borracho.

Dócilmente, se acodó Lindsay en la mesa, donde le hizo sentarse su acompañante.

—Aquí espero a Travers. Ha telefoneado.

—Me telefoneó, y me dijo que huyera.

—Para cogerte, imbécil. Anda, calla… No hay pruebas contra nosotros. Ninguna, prueba… Bebe, imbécil.

Empezaba a fraguarse lo que en los anales del «Servicio Secreto» inglés recibió el nombre de «sitio y asalto de Villa Linkers».

—Hemos de huir, Alvin.

—Sí. Ahora te llevaré a donde nos proporcionarán todo lo necesario.

Kent Lindsay se levantó pesadamente, y, cogiéndole del codo, Alvin Garden lo llevó hasta el dos plazas.

Hacía ya diez minutos que el coronel Mulberry había comunicado con el «Control Interior» anexo al «Servicio Secreto», especificando que convenía vigilar a los llamados Lindsay y Garden; éste se hallaba en el «Pigeon». Dijo que no asumía responsabilidad, pues se limitaba a reproducir una delación extraña recibida por teléfono, por alguien, que pretendía ser un espía arrepentido…

Cuando el dos plazas arrancó, un agente inició la cadena del «Control Interior», telefoneando al Cuartel General de Inspección de Tráfico.

«—…Coche dos plazas matrícula «YW-756-GB», entrando por el Embankment hacia el Oeste.

Y el coche dos plazas conducido por Alvin Garden fué seguido en su carrera por banderitas clavadas con alfiler sobre un mapa de Estado Mayor, hasta que la última banderita quedó hincada con señal de detención de marcha, en la milla veinte de la carretera de Richmond, en el jardín de una casona cuya verja ostentaba el letrero:

«Villa Linkers.»

Cuando el servicio de control empezaba su localización constante del coche en que iban Lindsay y Garden, Alex Longford pagaba el «taxi», y entraba, en el hotel de Kensigton.

Se dirigió al mostrador, porque si había ocurrido novedad, el gerente algo diría. Pero el gerente le sonrió interrogante.

—¿Correspondencia? —pidió Longford, para justificar su

presencia.

—Ninguna, señor Travers. La llave la tiene usted, ¿no, señor Travers?

—La tengo. Gracias.

Cuando se acercaba ya a la puerta de su habitación, miró con recelo al individuo musculoso, de cara enérgica, que levantándose del asiento esquinado al fondo del pasillo, levantaba la diestra, llamándole la atención.

Se detuvo Longford, dispuesto a todo. El otro, aproximándose, le señaló el otro extremo del pasillo, pisando suavemente sobre la alfombra.

Alex Longford le siguió, vigilándole las manos. Al llegar al otro extremo, se volvió el desconocido. Dijo secamente:

—Es preferible que me explique sus pasos desde que apareció en compañía de Lilian Walton, en el hotel de Gosport, señor Travers. Le advierto que cuanto diga, puede ser empleado en contra de usted. Soy el inspector Anthony Bartling, de Scotland Yard.

CAPÍTULO VIII
UN ARCO IRIS

—¿Inspector Anthony, Bartling? Suena algo parecido al conservero Tony Bart.

—El mismo. Hágame el favor de explicarme sus pasos.

—Deduzco que los conoce. Iba a recoger mi «taxi» en Fareham, y bajé en Gosport, porque me encanta aquella playa. Vi a Lilian Walton, que en un trozo de risco se estaba dejando inundar por la marea. Cogí un bote, y la pesqué. Me costó convencerla de que no valía la pena suicidarse…

—¿De dónde conocía a Lilian Walton?

—De la marea donde la pesqué. Primero fué una nena asustada y deliciosa, triste y lastimera. Después jugó a ser vampiresa. Quise darle tiempo a reaccionar. La acompañé al hotel, y ella recogió sus cosas. Cuando el gerente aludió a la policía, pensé que Tony Bart, se había chivado, y que ella, desilusionada, le había atizado con un zapato. No sabía que Tony Bart era un inspector de Scotland.

—Ya lo sabe. Siga, por favor.

—Me dijo que quería venir a Londres. La traje en mi «taxi», y aquí llegamos. Ella me contó la verdad.

—¿Cómo sabe que es la verdad?

—Porque lo sé, porque me consta.

—Desde que me fui de Gosport, dejé a un agente vigilando el hotel donde se alojaba ella. Bajaron ustedes del «taxi» en el túnel de Lambeth salida Kensigton, y jugaron a algo parecido al escondite, metidos en el ascensor.

—Sí. Nos seguían, pero creí darles esquinazo.

—El agente, al ver entrar a Lilian Walton, permaneció vigilando este hotel. Usted salió, y su cabello blanco era negro. Usted regresó a las cinco menos veinte acompañando una muchacha pelirroja, la cual ha permanecido dentro de aquella habitación, desde las cinco menos veinte hasta ahora. ¿Puede explicarme estos juegos de manos?

—No me va ni me viene, pero quise ver contenta a Lilian, arreglando su papeleta.

—Usted ha sido militar, ¿no?

—¿Por qué?

—Emplea términos clásicos en el ejército. Prosiga, por favor.

—Leí un anuncio, telefoneé, y en «Lyon's» de Crescent Street, encontré una preciosa corista con la contraseña que le indiqué. Hablamos, y había con ella dos soldados. Me marché, y ella, me siguió al cine, en donde los dos soldados se me revelaron como pistoleros de Rufus Maloney. Salí con los tres, y en el túnel, me escapé de los pistoleros, llevándome a Paola Parker, la pelirroja.

—La trajo aquí. ¿Para qué?

—Para que Lilian, a solas con ella, entre mujeres, se entendieran y averiguara por qué Rufus Maloney, quiere matarla, so capa de salvarla.



¡Santo cielo! ¿Qué es lo que acaba de decir Travers?

—Muy bien. Todo concuerda, señor Travers. Usted es muy interesante, y luego me ocuparé de usted. He escuchado cuanto ha hablado Lilian con Paola. Y usted, sólo usted, puede conducirme al lugar donde se esconde Rufus Maloney. Debo advertirle algo que, por lo visto, ignora Lilian. El propio Maloney la denunció como asesina de el apodado «Pecoso», y yo recibí orden de detener a Lilian. Pero preferí oírla, sin preguntar. Lo conseguí, y me consta que es inocente, pero… hemos de demostrarlo, señor Travers.

—Encantado.

—Maloney trataba de secuestrar a Lilian, con objeto de sonsacarle una confesión escrita, o lo que sea. Esta misma noche podría acabarse la pesadilla de Lilian Walton, y la justicia triunfaría.

—Muy bien, Tony Bart. Pero sepa que ella… le empezó a querer.

—No. Ella necesitaba alguien que la protegiera. Usted lo ha hecho. Siga haciéndolo. Y después… me ocuparé de su propio caso.

—¿Qué caso?

—Por qué se tiñó el cabello, por qué lleva documentación falsa, por qué emplea un «taxi» que no es suyo, porque, de vez en cuando, mueve el cuello, como si le apretara, el cuello de una guerrera que no lleva y por qué si es usted del «Servicio Secreto», no me lo ha dicho ya.

—¿Por qué he de ser del «Servicio Secreto»?

—Sólo en el «Intelligence», pueden entregar la documentación del espía Fisher, ahorcado en la Torre. Discutiremos este asunto luego. Ahora, ella está esperando.

—Bien. Vamos en busca del arco iris para Lil.

Mientras abría la puerta, Alex Longford meditó que el «Scotland Yard» merecía su fama. Entró solo.

Sentada, libre de mordaza y ligaduras, Paola Parker fumaba, y Lilian Walton, vestida de noche, paseaba…

—Bien, bien… Reina la concordia. No hubo necesidad de cerillas ni astillas. ¿Qué hay, Lil?

—Ella te lo dirá. Hable, Paola.

—Yo conocí a Rufus Maloney hace años. Un gran bailarín. Ayer recibí un cable suyo, para que insertara un anuncio, y lo hice. Esta mañana me visitaron sus dos muchachos, Bert y Broderick. Eran dolares de los buenos los que me enseñaron. Se trataba simplemente de impedir que Lil, pudiera hablar con la policía inglesa. Era preciso que Lil huyera a Suiza, y Rufus Maloney quedaría tranquilo. Él tiene los papeles preparados.

—¿Él? ¿Está entonces en Londres?

—Sí. Pero no sé dónde. Cuando Lil estuviera con nosotros, yo debía telefonear a un número que me dió Broderick, y esperar en mi piso. Se lo dije así a Lil. Y ella quiso esperarle a usted, que se las sabe todas.

—Vamos a su piso, Paola, y allí telefonea.

—Hay un inconveniente. Rufus Maloney tiene el disparo fácil, y al verle a usted… disparará.

—Queda por aclarar, si usted creía que Maloney quería salvar a

Lilian, o matarla.

—Esto era asunto de Maloney y de Lilian. Yo qué sé…

—Al menos, hay franqueza, Paola. O es usted una amoral, o una vil criatura.

—Dejémoslo en amoral —intervino Lilian Walton—. Nos hemos explicado, y nos hemos entendido. Ella dice que estos asuntos, son cosa normal, porque tanto puede ser que Maloney quiera disparar contra mí, o quiera verme lejos de Londres. Y dice que tú, Travers, de dos cosas eres una: o espía alemán, o agente del contraespionaje. Y que me ayudas… porque ella se figura que nos queremos, Compton.

—Delicioso, Lil. Bien, ahora te quedas aquí, y yo con Paola recibiré a Rufus y a quien sea.

—¡Así hablan los hombres! —sonrió Paola Parker, poniéndose en pie, y recogiendo su bolso.

—Yo voy contigo, Compton.

—Me sobra con una mujer a quien vigilar, Lil.

—Es que… Rufus Maloney puede acudir con varios ayudantes.

—Y tú allá serías un estorbo. Cenaremos más tarde, Lil. Una cena estupenda, porque habrá como postre un arco iris para ti. Esos colorines que surcan el cielo después de la tormenta. Aquí te quedas, Lil.

—No debes ir… Déjalo, Compton.

—No seas necia, Lil —rió Paola Parker—. En nuestras vidas, cuando aparece el hombre de verdad, debemos callar y obedecer. Y te envidio, Lil… Sí, porque has hallado al hombre de verdad en éste… que supo, engañarme a mí. Sin rencor, Lil. Tú me comprendes, ¿verdad? Nosotras somos de la misma pasta. Como nos hacen ellos.

—Sí —contestó Lilian—. Te comprendo, y sin rencor, Paola. Pero tú… dijiste qué me envidiabas… Haz pues que vuelva.

—Vamos, vamos, señoras, o me voy a enternecer. Aquí y sin moverte, Lil. Estás preciosa, y no te pintes. Así es como me gustas. Hasta luego.

En el desierto corredor murmuró Longford:

—Quien comprenda a las mujeres ha de ser por fuerza, un hombre con alma femenina. Casi os ibais a besar. Y tú la llevabas al matadero.

—Yo no sé si era al matadero o a su novio pistolero.

—¿Y a mí, a dónde me llevas, preciosa?

—A donde Quieras, Compton. Al cielo o al infierno. Soy sincera, y lo verás en algo muy sencillo. Rufus Maloney puede venir solo o

con varios muchachos. Si dispara, ¿crees que a mí me tirará confetti?

—Si esto sabes, ¿por qué vienes conmigo?

—Porque tú eres de la clase de los que saben manejarse.

Salían del hotel. La noche era clara, sin bruma, muy primaveral.

—¿Vives lejos, Paola?

—Andando contigo, las distancias son corlas. Es curioso, Compton, pero, ¿sabes qué impresión me das?

—Tú contestas.

—La de un hombre que ha visto la muerte tan de cerca, que le tiene sin cuidado todo. Lo mismo dice Lil. Y le dije que me gustabas.

—Nos gustamos los tres. ¿Falta mucho?

Ella asida a su brazo, sonrió.

—Yo te guío, Compton. ¿Llevas pistola?

—No.

—Rufus seguro que sí.

—¿Y tú? ¿Me llevas al degolladero?

—En todo caso, muy juntos estamos.

—Según… Hay esquinas traidoras en este Londres de mis pecados.

—Para los necios, sí. Pero tú… sabes caminar, Compton. La noche es agradable. Cuando telefonee al número donde Rufus espera… ¿qué será de nosotros dos?

—Depende.

—Tu aplomo es formidable, Compton. Es como si tuvieras a tus espaldas toda una compañía de ametralladoras, cubriendo tus pasos.

—Casi, casi. Yo sé una cosa… Ni las balas pueden conmigo, y mucho menos un pistolerillo yanqui, bailarín y cochinito.

—¡Cuánto me gustas, Compton!

Alex Longford empezó a silbar la samba «Cuánto le gusto»… pensando que la tragedia mayor podía ser tragigrotesca según el carácter.

Desembocaban en Regens's Park, y ella señaló una transversal.

—Allí tengo mi nido discreto, de desencantada del amor. Una de esas plantas bajas tan apreciadas por los lectores de Dickens.

—¿No estará esperando, tras la puerta el bailarín?

—Podría ser, pero si entras conmigo, no sospechará. Yo, esta mañana, le di una llave a Broderick, para entregarla a Maloney.

La casa tenía la porción de jardín mínima, para aislar los cinco peldaños de la calle. Ella introdujo la llave, y volvió a asirse del brazo de Longford.

Entraron, ella cerró con la espalda, y encendió la luz. Al fondo, había una sala. Todas las cortinas estaban echadas, para atender las órdenes nocturnas, y no incurrir en multas considerables.

Un individuo enteco, de hombros estrechos, elegante al modo barriobajero de Chicago, estaba sentado en un sillón, con la diestra hundida en el bolsillo de su americana.

—Hola, nena —saludó—. ¿Y este tipo, quién es?

—Compton Travers. Viene a negociar lo de Lil.

—¿Sí? ¿Y dónde están Bert y Broderick?

—Vigilando a Lil —replicó Longford—. Tú eres Maloney, y según parece pagas bien. Yo ando escaso de dolares.

—Y sobrado de cara dura —dijo, hostilmente, Maloney—. Siéntate, aquí, donde señalo con el pie… No te pases de listo, porque tengo un cargador para ti.

—Hombre, sin asustar —sonrió Longford, sentándose—. Vaya amiguitos que tienes, Paola.

—¡Tú, calla! Habla, Paola. ¿Qué demonios de lío es éste? Por qué no han venido Bert y Broderick? ¿Por qué traes a este carota contigo? ¿Qué juego hay? ¿Es de la «bofia»?

Paola Parker, encendiendo un cigarrillo, objetó:

—Si fuera de la policía, iba yo a venir tan tranquila, ¿eh? El chico quiere lo prometido, Rufus. También tiene gracia la cosa… Hace años que no nos vemos, y lo primero que haces…

El «gangster», en pie, alzó la mano izquierda en revés, pero la corista, ágilmente, saltó hacia atrás.

—Interesante, interesante —comentó Longford—. Será mucho mejor que telefonees y tus muchachos te dirán lo que pasa. Lil confía en mí, y sólo saldrá del hotel conmigo. Ellos no iban a armar escándalo, porque el hotel no es un cabaret de Chicago. Aquí estoy, para ver el color de tus dolares.

—Puede que veas el color de la cordita.

—Cordita… Pólvora sin humo —definió, tranquilamente, Longford—. Y si aprietas el gatillo, ¿quién te trae a Lil? ¿Tus muchachos? Tal como está hoy Londres, ni las bandas de Al Capone y Dillinger redivivos, podrían sacar a Lil del hotel… ¡Y cuidado bailarín! No te acerques en plan de matón, porque de la torta que te largo, te saltan las muelas…

Rufus Maloney se detuvo, inclinado el busto. Tenía la expresión de la hiena rabiosa, que se encuentra ante un bicho no clasificado en la fauna.

—Este tipo está loco —gruñó—. Te voy a largar dos plomos.

—Si lo haces, ya no te libras. Escucha, Maloney, los dos somos

de la misma pasta. A ti te interesa que Lil cargue con el mochuelo. Está claro. A mí me interesan mil dolares. ¿Vas a gastar cordita y plomo, con la falta que hace hoy por las trincheras?

—Este tipo, ¿dónde lo sacaste, Paola?

Ella sentada, reía silenciosamente. Dijo:

—No te enfades, Rufus queridín… Es que también en Inglaterra crecen matones. Este tipo se juega la vida cada día, y encontró por casualidad a Lil. Ella está por sus huesos, y él te la vende a buen precio. ¿Qué más quieres?

Rufus Maloney estudiaba el aspecto plenamente indiferente y seguro con el que Alex Longford contemplaba el mobiliario coquetón de la salita.

Gruñó:

—No es un poli. Oye, tú… ¿te anda buscando la poli?

—Siempre, pero les tengo muy despistados. Me tiño el cabello de vez en cuando. Bueno, ya está bien, Maloney. Dame los mil, y aquí tienes a Lil cuando quieras.

—Un momento, tipo listo. ¿Qué hay de ganarte el triple?

—Se puede pensar. ¿Qué es? Nada de atracos ni de secuestros…

—Mucho más sencillo. Dice Paola, y entiende de esto, que Lil está por ti. La poli, si recibiera una carta tuya, diciendo que Lil se ha envenenado después de confesar que había matado a un pecoso… ¿Qué tal?

—Vale cinco mil. Porque la cosa la veo. Ella carga con el muerto. Es una operación que ya he hecho. Cuando liquidé al inspector Anthony Bartling, encontraron a un tipo lleno de arsénico, y con una carta escrita por él, confesándose autor de la muerte.

—Cabal… Eso es lo mío. Yo liquidé al «Pecoso», y te doy cinco mil si me dejan tranquilo. Pero hemos de ponernos de acuerdo. Porque a la hora en que llenes de arsénico a Lil, yo he de estar muy visible. ¿Te das cuenta?

—Cabal. Bien, engrasa la máquina. Con la mitad de anticipo, trabajaré más gustoso.

Rufus Maloney rió en mueca complacida. Sacó del bolsillo del pantalón un rollo de dolares, en billetes de mil. Extrajo tres, que puso sobre la mesa. Los cogió Longford…

Y fué el instante, en que irrumpieron dos individuos, pistola en mano. Alex Longford se zambulló como el nadador desesperado, abrazándose a Maloney, a la vez que chocaba su cabeza contra el rostro del «gangster».

Paola Parker chilló… Y el inspector Anthony Bartling retorcía ya los brazos de Maloney hacia atrás, mientras decía solemnemente:

—Queda detenido, Rufus Maloney, oída su confesión de asesinato ante dos agentes y la corista Paola Parker.

—No le oye —advirtió Longford, poniéndose en pie—. Le aticé de lleno.

—Llévеselo, Evans —dijo el inspector—. Escriba el informe, y pasará la señorita Parker a atestiguar.

Paola Parker, fruncidos los labios, susurró, mientras el policía Evans, esposado Maloney, lo llevaba a rastras:

—¡Qué asquito! Eres un policía, Compton. Ya no se puede una fiar ni de su sombra.

—Colaboró —indicó Longford—. Gracias a ella hemos agarrado a Maloney, inspector.

—Será tenido en cuenta. Siga a mi ayudante, señorita Parker. Ya le entregaré la llave de la casa en comisaría.

Ella miró con desprecio a Longford, y al salir, se volvió…

—Es lástima, que seas de La Bofia, Compton. Me gustabas.

Desapareció, tras echar la llave al suelo. Anthony Bartling dijo:

—Buen servicio. ¿Y Bert y Broderick?

—En «Villa Linkers», milla veinte, carretera de Richmond.

—Llamaré un coche. Me agradaría que me acompañase.

—Lilian Walton espera el arco iris.

—Usted se lo llevará tan pronto hayamos puesto a buen recaudo a Bert y Broderick. Quedará solamente por aclarar quién es usted.

—Bien. Lo aclararemos. Vamos allá.

En la calle, tras cerrar la puerta, Anthony Bartling miró a Paola Parker, que esperaba en la acera.

—Puede ir a mi comisaría, señorita Parker. Atestiguará, y creo que con quince días entre rejas, bastará.

—Ya… ¿Y quiere que yo misma meta la cabeza en el cepo?

—Lo hará, porque quince días de meditación no sientan mal a nadie. Comisaría Central, señorita Parker. Y gracias.

—A usted, caballero —dijo ella con zumba, alejándose.

—No escapará. Es demasiado lista —opinó Longford.

—¿Nos bastaremos los dos para «Villa Linkers»?

—Y sobra uno, capitán.

Un guardia se acercaba, y reconoció al inspector, saludándole.

—Buenas noches, señor.

—Llame desde su poste al patrulla del barrio, Terence.

—Al instante, señor.

Más allá, el guardia abrió la rejilla de un poste policial, sacando el teléfono.

—Usted es muy misterioso, «alias» Travers —comentó Bartling.

—No me queda más remedio, por ahora. Su servicio es «Scotland Yard», ¿no? El mío es distinto, pero va encaminado, igualmente, hacia un arco iris de justicia.

—No le molestará, que cuando quede terminado el expediente «Maloney-Walton», compruebe su identidad, Travers.

—Y si me molestase, me tengo que aguantar. Un buen coche, inspector.

Se detuvo el «Austin» especial, con dos policías en el asiento delantero, que saludaron, mientras subían Bartling y Longford.

—Milla veinte, carretera Richmond, «Villa Linkers» —indicó Bartling.

El coche arrancó, aumentando su velocidad, progresivamente.

—Una noche clara, propicia a las incursiones aéreas, ¿no, Travers?

—Demasiado clara. Los antiaéreos salen ganando.

—Buena chica, la infeliz de Lilian.

—Buena chica.

—Ya terminó su pesadilla, pero tendrá que salir de Inglaterra.

—Saldrá.

—¿Con usted?

—A lo mejor… Yo soñé siempre con una mujercita asustada, pidiéndome protección. Hasta hace una hora escasa, adoraba un ideal, pero creo que el verdadero amor masculino, es sentirse protector, y no elegir una esposa muy inteligente que pretenda la igualdad. ¿Me va siguiendo, inspector.

—En cierto modo, sí. ¿Qué pasa?

La pregunta iba dirigida al conductor que acababa de frenar obedeciendo a señales de un motorista en la carretera.

—Control de Tráfico, señor —dijo, cohibido, el conductor.

El motorista se acercó, para saludar hacia el asiento.

—Órdenes superiores, de detener cualquier coche en la milla dos de la carretera de Londres a Richmond.

—¿No vió usted que es coche patrulla?

—Lo siento, señor. Orden del Estado Mayor. Han sitiado una casa en la milla veinte, y hay abundante tiroteo. Los últimos informes dicen que son ocho espías al servicio alemán los que están acorralados, y no quieren entregarse. Puedo comunicar con la milla sexta.

—Hágalo. Pronto. Esperamos.

Se fué el motorista. Bartling preguntó:

—¿Qué pasa, Travers?

—Ocho espías pegando tiros, ¿no lo oyó?

El motorista, en el centro de la carretera, agitó los brazos, invitando a seguir al coche. Las cuatro millas fueron devoradas en silencio…

Otro motorista, acudió, saludando.

—Scotland Yard, inspector Bartling —presentóse el jefe—. ¿Qué sucede?

—El último informe dice que en la «Villa Linkers», se hicieron fuertes ocho agentes del espionaje de la Gestapo. Uno de ellos, escapó, malherido, y atendido por el «Servicio Secreto» confesó ser Kenet Lindsay», el autor de comedias que…

—¡Abrevie!

—Llegó acompañado de Alvin Garden, qué en el interior le disparó. El llamado Lindsay escapó, porque la persecución quedó cortada, al dar el alto los agentes del contraespionaje. Empezó el tiroteo y asedio. Lindsay, moribundo, reveló la organización. Sigue el asedio. He comunicado con la milla dieciocho. Pueden seguir, inspector.

El «Austin» arrancó de nuevo. Bartling refunfuñó:

—Hable, Travers.

—Yo comuniqué que Lindsay escaparía. Le siguieron. Lindsay era un nervioso. Debió Garden atraerlo al refugio de la banda, para, quitarlo de en medio. Dispararía con poco tino, y lo celebro.

—¿Por qué lo celebra, si puede saberse? Esto pregunto.

—Porque, moribundo, dirá cosas interesantes para el arco iris de cierto oficial que fué fusilado esta mañana.

—¿El teniente Alex Longford?

—El mismito.

—¿Eran espías Bert y Broderick?

—No. Pero ya allí dentro, cuando sonaron los tiros, seguramente pedirían parte en los fuegos artificiales.

—¿Todo esto lo ha organizado usted, no?

—Me cabe el gran honor.

En silencio, Bartling cerró los ojos, recostándose hacia atrás. En la milla dieciocho, otro motorista, se acercó.

—Buenas noches inspector, Bartling. Sigue el asedio. Se estrecha el cerco. ¿Desea que comunique con la milla veinte?

—Indique que dentro de la villa, hay dos pistoleros yanquis, conocidos por Bert y Broderick, de la banda de Rufus Maloney, detenido. Que regreso a mi comisaría, y allí espero las últimas noticias, referentes a Bert y Broderick.

—Bien, señor. ¿Comisaría Central?

—Sí. Buen servicio. Buenas noches.

Dió el «Austin» media vuelta, y hasta llegar a Londres, nadie habló. Longford dormía profundamente, cuando le sacudió Bartling.

—Vamos a mi despacho, Travers.

—Vamos. ¿Hay un diván?

—Sí.

En el despacho de Bartling, se tendió Longford en el diván confortable. Estaba agotado. Pidió:

—Le ruego comunique a Lilian Walton, que la cena será desayuno, y que el arco iris amanecerá. Tengo sueño. Ah… No diga que es Tony Bart. Mejor que telefonee otro. Gracias.

A las cinco y media de la madrugada, Anthony Bartling volvió a sacudir por los hombros al durmiente.

Olía a café, y una taza estaba en la mesita junto a la cabecera del diván, en la que reclinaba Longford la cabeza.

—¿*Brandy*, Travers? Acabará de despejarle.

—Lo necesito.

Bebió la copa de coñac, y después sorbió el café, golosamente. El inspector Bartling dijo:

—Terminó el asedio de «Villa Linkers». Tenían fusiles ametralladores. Murieron los ocho, cuya reseña es como sigue: Alvin Garden…

—Un momento. Lo que me interesa es saber qué dijo Kenet Lindsay.

Anthony Bartling examinó una hoja mecanografiada. Dijo:

—Es confidencial y secreto. Un informe del Estado Mayor, aludiendo a las muertes de Bert Chambers y Broderick Templeton. Pedí una aclaración, personal y estrictamente secreta, sobre cuanto dijo Kenet Lindsay antes de morir. ¿Lo leo?

—Resuma, inspector.

—Explicó que el fantasma del teniente Longford le invitó a huir. Que había ocupado la butaca 4, de la fila dos del teatro «Drury Lane», donde él, en complicidad con Alvin Garden, al servicio alemán, había fotografiado con un aparato llamado «Leikon», ciertos documentos que el teniente Longford llevaba en el bolsillo interior de su guerrera. Un aparato que sacaba radiografías netas de lo escrito y dibujado en papel de ferroprusiato. Había un servicio de espionaje esperando el momento que un enlace llevase el documento «HY-16» al estado Mayor. Así supieron que era Longford, y avisaron a Garden, dándole las dos «Leikon»

—¿Y si Longford, llega a entregar a las dos el sobre al sitio donde no estaba el coronel?

—Lo hubieran asaltado por la violencia, pero era arriesgado, y

prefirieron esperar. Hay una nota curiosa. También Rosalind Garden, completamente ignorante de los manejos de su hermano, dice que estuvo esperando desde las nueve de la noche al fantasma del teniente Longford. Y la opinión del contraespionaje, es que se trata de un delator de la banda, que adoptó las facciones de Longford, para asustar a la banda, y obligarla a perderse. Lo explican así, debido a que llevaba la documentación del espía Fisher ahorcado, documentación que seguramente robaría. ¿Otra copa de *brandy*, Compton Travers?

—No viene mal. Estas madrugadas me dan ciertos escalofríos. Usted es un sentimental, Tony… y perdone la confianza. En realidad, gracias a usted no fué detenida Lil acusada de un asesinato que no cometió.

—Yo sirvo a la justicia, Travers.

Alex Longford se levantó, desperezándose… Miró por la ventana, descorriendo un poco la cortina.

—Falta algún tiempo para amanecer. ¿Qué piensa hacer, Tony?

—Soy de «Scotland Yard», y mi misión es detener a quien no puede explicar claramente la clase de fantasma que es. El Estado Mayor y el «Servicio Secreto» no creen en fantasmas, y menos en «Scotland Yard».

—Es natural. Oiga, hablando de todo un poco, ahora ha quedado demostrado que el difunto teniente Longford era inocente.

—Por completo: Alude el informe secreto a que la ignorancia sobre la existencia del aparato «Leikon», ha causado una víctima irreparable.

—Bien. ¿Y al teniente Longford, quién le devuelve la vida?

—Cierto que es lamentable, pero todo le acusaba. El pobre muchacho, por unas horas…

—Unas horas… Dentro de poco, serán las seis de la madrugada. Hace veinticuatro horas, el teniente Longford dió la orden de fuego, y le dispararon por la espalda, abrazado a un poste.

Anthony Bartling encendió un cigarrillo. Tenía las mandíbulas crispadas. Dijo:

—Estuve pensando si acaso el Servicio Secreto no simuló la ejecución, ¿comprende? Un truco… Pero el Servicio Secreto me ha comunicado, también muy privadamente, que abandone tal idea, por absurda. El teniente Longford fué incinerado, y sus cenizas están en urna, en el crematorio de Aldershot.

Miró Longford el reloj que sobre la mesa, marcaba las seis en punto. Fijó sus ojos en el inspector, y febrilmente dijo:

—Usted es un hombre honrado, Tony. ¿Qué haría, si ahora yo

saliera de su despacho?

—Detenerle.

—Bien. Entonces, atienda… Para Lil Walton nació el arco iris. Se ha demostrado la inocencia de Alex Longford. Han capturado muerta la banda entera. ¡Seis y un minuto! Ayer Longford se encaminaba hacia un poste. Le acompañaban varios caballeros. Uno, tuvo la misma corazonada que usted tuvo hacia Lil Walton. ¡Seis y dos minutos! Ahora fué cuando Longford, trató de hacerse el valiente, y dió las voces reglamentarias. Dispararon. Y allí murió el teniente Longford. Son seis y tres minutos, Tony… ¿Sigo hablando?

—Por favor, se lo suplico, teniente Longford.

—¡El fantasma, amigo, el fantasma! —sonrió Longford—. Hay una urna y doce testigos. Y uno de ellos gruñón y militar de esos de Rudyrad Kipling, chapados a la antigua, tiene un revólver de ordenanza. No se decidió a apretar el gatillo cuando enviudó, porque tenía una hija. Cuando ésta murió, tampoco apretó el gatillo. Substituyó por cartuchos de fogueo, los del pelotón y del oficial de ejecución. Vió quemar el ataúd con un uniforme. Después, afirmó que apretaría el gatillo si Alex Longford era autor de alguna canallada… Es curioso, Tony… Cuando se despierte y le comuniquen que ha sido demostrada la inocencia del ex teniente Longford, aquel viejo gruñón, quedará contento. Y más, cuando le hablen de un fantasma, que es según los técnicos, un delator que adoptó la figura del tarambana de Longford. ¿Quién es Longford? Un montón de cenizas. Un hombre que no servía para militar. Un hombre hay delante de usted, que tiene tres mil dolares bien ganados, y cien libras, tampoco mal ganadas. Y a quien espera una muchacha con ganas de protección. Ellos dos podrían irse a Suiza. Pronto amanecerá, inspector Bartling. El café era excelente.

—¿Por qué se ríe así, Travers?

—Ella quería matarle, y yo en la higuera. Me suele ocurrir con frecuencia. Con «Leikon» o sin «Leikon»… ¿No es risible?

Anthony Bartling se rascaba la mandíbula. Dijo lentamente:

—¿El Major Cumbers, jefe de la fortaleza?

—Dentro de dos meses le dan un bien ganado retiro. Tal vez le gustaría al viejo darse un viaje, a Suiza. En avión, por la frontera italiana. Un gran viaje.

—El arriesgó mucho, y ganó. Y es todo un caballero. Por esta misma razón, su secreto es inviolable. Hoy será un bello día para el Major Cumbers.

Anthony Bartling abrió un cajón-archivo. Fué corriendo fichas. Detuvo el índice, leyendo:

—Alexander Norton, veintiocho años, nacido en Londres. Es una de mis documentaciones para los servicios al extranjero. Lleva determinados sellos que lo hacen ser viajero grato a Alexander Norton. Tengo también documentación para Cecil Wosley…

—Cecil es un nombre cursi, inspector. Alexander es precioso.

—Me agradaría acompañarle a Croydon, donde un avión le dejará en Berna. Servicio Especial. Scotland Yard.

—Llevo una pasajera, inspector. ¿A qué hora sale el avión?

—Puedo indicarle las diez de la mañana, Alex Norton. Deme toda la documentación de Fisher, la quemaré. Esta es mejor.

—¿Y ella?

—Puedo darle la de Patsy Farel. Las recogeré al final de la guerra. Usted cada dos meses, envíeme una postal, con su dirección en Suiza.

—En Croydon, a las diez en punto. Tal vez, ella…

—Preferirá no verme. Oiga, Alex… ¿qué demonios hizo para convencer al Major Cumbers?

—Nada. Nos miramos, así, a los ojos, rectamente. Bastó.

—¿Está… seguro que prefiere no volver nunca más al ejército?

—Tan seguro como que va saliendo el sol. ¡Mire qué gloria, Tony!

Y descorriendo la cortina, desde el alto ventanal, Alex Longford, miró el radiante amanecer. A la, vez, estaba de espaldas y pudo secarse los ojos.

Atrás la voz ronca de «Tony Bart», dijo:

—Sólo una vez en la vida, da más satisfacción el deber que no se cumple, Alex Norton.

Giró Longford sobre sus tacones, sonriendo:

—Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, amigo.

—Así sea, amigo.

Y en pie, ambos por un instante intenso, se miraron.

—Adiós, amigo. Dios le guarde, inspector Bartling.

—Adiós, Alex. ¿Y Rosalind Garden?

—Fué un ideal. Teatro, pura ficción. Un fantasma más…

Cuando ya había salido Alex Longford, el inspector Bartling se escanció una pequeña cantidad de coñac.

Con la copa entre las manos, tras meditar un instante la alzó.

—A su salud, Major Cumbers. Un magnífico amanecer, y la conciencia muy tranquila —y apuró solemnemente la copa.

***

Lilian Walton temblaba casi epilépticamente, cuando en su alcoba, entró Alex Longford, y sentándose a su lado, la acarició la mejilla.

—Yo hablo, y tú escuchas, Lil. Ambos necesitamos algo sólido a que asirnos. Nada de ideales, sino una realidad. Nueva vida, lejos… Sin preguntas del pasado, y sólo mirando al frente, al porvenir. Tengo dos pasaportes internacionales. Uno a nombre de Patsy Farel… Sí, la policía pero no soy policía. Un misterio que algún día, cuando la guerra termine, sabrás. A las diez de la mañana, sale un avión de Croydon. Aterrizará en Berna, si no lo tumba un antiaéreo alemán. El piloto está especializado. Tengo una fortunita, y sé idiomas. Allá viviremos bien, y no sé porqué me figuro que vas a ser la mejor ama de casa, porque nunca has tenido casa. ¿Sabes a qué me refiero? Una choza, donde dos seres viven unidos, riendo, tranquilos, porque han pasado por el crisol de la tragedia. Y ahora un beso suave, muy suave… La pasión… después, Lil. Es lo mejor… La pasión bien organizada, empezando por un beso casi fraterno…, pero va despertando al hombre… y…

Calló porqué en sus labios se juntaban otros, fríos, muy fríos, y contra su rostro sintió la humedad de un llanto de liberación, de total felicidad, de entrega al que la había rescatado de la marea.

***

En Croydon, un sargento examinó la documentación que tendía Longford. Saludó respetuoso:

—Aquel avión del hangar sexto, señor Norton. Le esperan.

Un piloto, ajustándose el casco, señaló el cielo.

—Magnífico, señor Norton y señora Farel. Creo que va a ser un vuelo casi de película rosa.

El avión aterrizó sin novedad en Berna.

EPÍLOGO

Dos meses después, el Major Cumbers, retirado, recibía la visita de un desconocido, que se presentó como inspector Bartling, de Scotland Yard.

—He recibido una postal, de Suiza, Major. Me agradaría la leyese.

Extrañado, el viejo militar leyó por entre sus bigotes, mascullando:

> »Amigo Tony:
>
> »Se consigue mejor el ideal, partiendo de la inversa, es decir, arrancando de una realidad. Las clases de inglés, dan lo suficiente para vivir bien, cuando se tienen ahorros. Abajo está mi dirección, por si al terminar la guerra, quieres visitarnos. Abrazos,
>
> *Alex*».

—Alexander Norton —leyó en el lugar del remitente el militar.

—¿Y bien, inspector Bartling? ¿Qué tengo que ver con su amigo Alexander Norton?

Los sagaces ojos del policía miraban las paredes del salón. Vieron en una panoplia un viejo revólver de ordenanza. Dijo:

—La madrugada siguiente a la ejecución del teniente Longford, un fantasma estaba en mi despacho. Yo tenía que encarcelarlo, porque andaban por Londres buscándole. Dicho fantasma salvó la vida a una muchacha, injustamente acusada. Yo, estaba tras la pista de esa muchacha. ¡Y vive el cielo, señor, que Inglaterra será siempre grande con hombres como usted y como Alexander Norton! Perdón… Aquel revólver hizo muchas campañas… Ninguna mejor que el secreto de tres hombres.

El Major Cumbers carraspeó, coléricos los ojos. Dijo:

—Me parece que usted es del tipo alocado de los jovenzuelos modernos, inspector.

—Sí, señor —admitió humildemente Bartling.

—Bien, bien… Al menos, tiene la disculpa de saber reconocer sus majaderías. Bueno, ya que está aquí, deje esta tarjeta postal. Tiene un paisaje bonito. Nieve blanca, sol tibio… Suiza… No está

mal. ¿Ha desayunado ya, joven?

—Pero repetiría a gusto, señor.

—Bien, bien… ¡Condenado Burns! ¿Dónde te metes?

Apareció el ordenanza Burns.

—Desayuno para dos, condenado majadero. ¡Vuela! A propósito, joven: ¿qué tal se viaja desde Londres a Suiza?

—En Croydon, cada mañana, hay un avión que a las diez está dispuesto para cualquier caballero recomendado por Scotland Yard, señor. Un piloto especializado. Aterriza en Berna, con la misma facilidad, que yo entro en mi despacho.

—Hábleme de la guerra, inspector.

Bartling habló de la guerra, hasta terminar el desayuno. Se levantó y acompañado hasta la puerta del jardín por el militar se detuvo, cohibido.

—¿Ordena algo, señor?

—En junio debe estar bonito el pueblo de la postal. Por ejemplo, el 10 de junio.

—A las diez en punto, señor, el 10 de junio, estaré a sus órdenes en Croydon, para desearle buen viaje.

—Bien, bien, joven. Puede retirarse.

El 10 de junio a las seis de la tarde, salía del aeródromo especial, en Berna, un turista clásicamente inglés. Tieso, bigotudo, con la estampa marcial del viejo militar.

Se detuvo en seco, al igual que el joven que interrumpió el instintivo saludo militar, para coger la maleta del Major Cumbers, que carraspeando y tosiendo con energía, saludó:

—Una tarde espléndida, Alex Norton. ¡Espléndida!

—Sí, señor. Aquel cacharro es mi coche, y suyo, señor.

—Malas costumbres no se pierden. Diga que aquel cochecito es nuestro. Me disgustan las palabras modernas. ¿Sigue bien su esposa?

—Perfectamente bien, señor. Y deseando conocerle.

—Lo celebro, Alex.

Atrás, el Major Cumbers examinó al del volante, que conducía silbando.

—¡Atención, joven! Un poco más, y atropella una vaca.

—Hay muchas vacas por Suiza, señor. Más que coches, y he estado pensando si no estaría mejor deambular por las carreteras, montado en una vaca… y ordeñar los coches.

—Sigue usted tan imbécil como siempre, ¡cáspita!

—Este es mi mayor encanto, señor. Por cierto, señor… ¿Su nombre de pila es, si no me engaño, Ciryl Archibald Algernon?

—Los tres nunca me han pesado, joven. ¡Cállese, que estoy hablando! Permito que nuestro… bien, el primer hijo se llame Archibald, y si es niña, como la madre, Lilian. Me gusta.

—A la orden, señor.

La casita, en las afueras, era un chalet riente, y en el umbral, Lilian Walton, sonreía cuando el Major Cumbers ceremoniosamente besó su diestra.

—Encantado, Lil. Iba siendo tiempo que este pícaro sentimental, sentara la cabeza. Acepto con placer, la hospitalidad de un hogar… Bueno, ya me entiendo. La cuestión es que hace un día espléndido, ¡cáspita!, un día espléndido.

Quince días después, el Major Retirado Ciryl Algernon Archibald Cumbers, miró colérico a Alex Longford, y atusándose el mostacho, dijo:

—¡Será militar! ¡Cállese, joven que estoy hablando! Y yo le educaré. Si es niña, a repetir, hasta que salga el militar. ¡Y aquí me quedo, porque Lil…! Bueno; el caso es que escogiste bien. ¿Sabes, qué me dijo anteayer? ¡Cáspita! Fué delicioso, cuando la oí decir que si yo me iba, sería como una deserción… ¿Te das cuenta? ¿Desertar yo? ¡Aquí estoy, y aquí me quedo!

—¡A la orden, señor! ¿No oye?

—No oigo nada.

—Campanitas de gloria muy lejos, muy lejos, por encima de aquellas cumbres blancas. Dos damas… que usted perdió, y mis padres, sonríen… Nos están viendo siempre, y saben que yo tengo un padre, y usted, viejo gruñón… ¡pronto será abuelo! ¡Cáspita! Ya puede sonarse ya… Estamos en Suiza, y no hay rigidez británica que valga. ¡Usted es un tío con toda la barba!

—Y tú un majadero. Anda, dame el apoyo de tu hombro. Este camino es un poco pendiente. Tienes algo de poeta, ¡cáspita! Y mejor que no hayas tenido el fin de Rosalind Garden, hoy la mejor actriz trágica de Londres. Dicen que siempre anda buscando un fantasma.

—Ya encontrará la realidad. Se casará, y todos felices. Oiga, abuelo, me estoy riendo, porque cuando nazca el futuro teniente Archibald, usted y yo vamos a pillar una borrachera tal como mandan las ordenanzas.

—¡De acuerdo! Sienta bien en ciertas ocasiones.

Y al tercer intento, cuando ya la guerra había terminado, nació Archibald Norton. El Major Cumbers era ya un técnico en el arte de acunar críos, que hallaban un gran placer en suspenderse de sus mostachos. Y la mayor energía con que se ejercitaba en aquel

deporte, venciendo a sus dos hermanas, hizo afirmar al Major Cumbers:

—Este, mocito será un gran artillero, Alex.

—Lo será, abuelo. Y oiga, fíjese que de la emoción, el mocito ha abierto la espita… ¡Sin palabrotas, señor! No dé malos ejemplos a la futura generación militar. ¡Burns! Un pañal para el Major. Es su arma favorita.

FIN

¿Pasaría Ud. unas hermosas vacaciones en la residencia de un

FANTASMA ASESINO?



¿Se enamoraría de una muchacha que noches antes ha intentado matarle?

Resuelva por sí mismo estas preguntas acompañando a un agente del F. B. I. al que fué encargada la difícil misión de contraespionaje y que tuvo que enfrentarse a un enemigo terrible, impalpable y etéreo:

EL FANTASMA ASESINO

Título de la alucinante última novela del famoso autor, JACK GREY, cuyos éxitos le han elevado ya a la más alta cima de la popularidad y que logra en esta obra una síntesis de emoción y dinamismo insuperables.

Si quiere usted vivir unas horas que jamás podrá olvidar, lea:

EL FANTASMA ASESINO

una novela impresionante como ninguna otra que será publicada en el próximo número de la gran colección:

SERVICIO SECRETO

CONSERVE ESTE EJEMPLAR

SI ESTE NÚMERO COINCIDE CON EL PRIMER PREMIO DEL SORTEO DE LA LOTERIA NACIONAL QUE CORESPONDE CELEBRAR EN MADRID EL DIA 5 DE JULIO DE 1952, RECIBIRA USTED LA CANTIDAD DE:

Nº 006220

250 PESETAS EN EFECTIVO

para lo cual bastará presentar este volumen completo en nuestras oficinas: Editorial BRUGUERA - Proyecto, 2 - Barcelona, o si se reside en otras localidades enviarlo por correo certificado, el cual ejemplar le será devuelto, remitiéndole al propio tiempo el importe del premio por Giro Postal.

En el caso de que el número premiado en el Sorteo de la Lotería Nacional tenga cinco cifras, recibirán el premio no sólo los poseedores del mismo número, sino también, aquellos cuyas cuatro últimas cifras, coincidan con los de dicho número premiado. (Ejemplo: Si el número agraciado en la Lotería es el 13.435, resultarán favorecidos los lectores que tengan los volúmenes con los números 13.435 y 3.435).

Los volúmenes premiados que no hayan sido presentados en el término de sesenta días a partir de la fecha del sorteo, se considerarán caducados.

Si excepcionalmente, por un error de imprenta, se repitiese varias veces un mismo número en nuestros ejemplares, y éste resultase favorecido, se entregará el importe del premio a quien primero presente uno de dichos ejemplares.

El importe de los premios que, por cualquier causa, no hayan sido satisfechos, se acumulará con destino a un sorteo extraordinario, cuyas condiciones serán oportunamente anunciadas.

NO LO OLVIDE: Cada una de nuestras colecciones, Pimpinela, Madreperla, Rosaura, Amapola, Servicio Secreto y Bisonte, obsequiará todas las semanas a sus lectores con premios de 250 ptas.

¡Más de 6.000 pts. mensuales en premios!

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 289 - Alberto A. Cienfuegos.
■ UNA MUJER SIN NOMBRE
Núm. 290 - Trini de Figueroa.
■ CASTIGO
Núm. 291 - María Teresa Largo.
○ EN LA PENUMBRA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 129 - Pamela del Valle.
■ LA PROTAGONISTA
Núm. 130 - Lía Ramos.
■ EL SUPLANTADOR
Núm. 131 - Corín Tellado.
○ ALIX EFIMOVICH
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCIÓN BISONTE

Núm. 230 - Peter Doom.
■ AQUEL VIEJO FUSIL
Núm. 231 - M. de Silva.
■ LA DOBLE MISIÓN DE BILLY
Núm. 232 - Rogers Kirby.
○ EL VALLE DE LA MUERTE
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 94 - F. P. Duke.
■ DOBLE TRIUNFO
Núm. 95 - Peter Debry.
■ HORAS TRÁGICAS
Núm. 96 - Jack Grey
○ EL FANTASMA ASESINO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 185 - María Carmen Rey.
■ UNA JUGADA DEL DESTINO
Núm. 186 - Luisa Acero.
■ Y BROTÓ UN CAPULLO
Núm. 187 - María Adela Durango.
○ EL DÉCIMO DE LOTERÍA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 15 - Amaparo Lara.
■ LA MELODÍA MISTERIOSA
Núm. 16 - Ana Marcela García.
■ EL ANHELO INFINITO
Núm. 17 - Nylhama.
○ AMOR Y PERDÓN
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCIÓN IRIS

Núm. 4 - Arnaldo Visconti.
■ SANGRE EN CEILÁN
Núm. 5 - Arnaldo Visconti.
■ LOS HAMPONES DEL MAR
Núm. 6 - Arnaldo Visconti.
○ TRÁGICO IDILIO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCIÓN AUTORES FAMOSOS

Núm. 36 - Clem Yore.
■ FRONTERA DE TEXAS
Núm. 37 - Oscar J. Friend.
■ LA ÚLTIMA REDADA
Núm. 38 - Zane Grey.
○ LA LLAMADA DEL CAÑÓN
APARICIÓN BIMENSUAL. PRECIO 16 PTS.

■ Últimos volúmenes aparecidos.
○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: **5 pts.**